

En septiembre de 2019 dicté en Buenaventura un taller de escritura creativa como parte del proceso de formación en narrativas afrocomunitarias del Ministerio de Cultura. Durante cuatro semanas las participantes –líderesas de comunidades urbanas y rurales del municipio– se familiarizaron con los rudimentos de la escritura, exploraron algunas fuentes de la creación literaria, como la memoria, la realidad, la imaginación y las emociones, y escribieron una serie de textos breves sobre sus vidas y su territorio. Este cuaderno de ejercicios es una muestra de ese trabajo. Los invito a leerlo: a sumergirse en el Pacífico colombiano y conocer de primera mano la experiencia de sus habitantes.

Pilar Quintana

CUADERNO DE EJERCICIOS

Mujeres de Buenaventura
narran su territorio





CUADERNO DE EJERCICIOS

Mujeres de Buenaventura
narran su territorio

Ministra de Cultura
Carmen Inés Vásquez Camacho

Viceministro de la Creatividad y Economía Naranja
Felipe Buitrago Restrepo

Secretaria general
Claudia Isabel Victoria Niño Izquierdo

Directora de Artes
Amalia de Pombo Espeche

Coordinadora del Grupo de Literatura y Libro
María Orlanda Aristizábal Betancurt

Asesora del proyecto
Mujeres afro narran su territorio
Isleany Ángulo Quiñones

Directora del taller de escritura creativa
del proceso de formación en narrativas
afrocomunitarias -piloto Buenaventura
Pilar Quintana

Corrección de estilo
Alejandra Gáfaró

Ilustradora
Hanna Guzmán

Diseño y diagramación
Asís Felicia

Editora
Pilar Quintana

Coordinación Editorial
Grupo de Literatura y Libro

© Ministerio de Cultura, República de Colombia
© Derechos reservados para los autores

Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico, sin la autorización expresa para ello.

Primera edición, noviembre 2019

ISBN 978-958-753-352-1



**MUJERES
AFRO
NARRAN SU
TERRITORIO**
Círculo creativo

CUADERNO DE EJERCICIOS

Mujeres de Buenaventura
narran su territorio

Índice

Presentación	7
Prólogo Mary Grueso	9
La niña en la silla Aleyda Estupiñán	13
El sueño de Eliza Amalia Carabalí Bermúdez	16
Cuando mi papá me cargaba Ana Milena Díaz	19
Despedida de amor Daly Yaneth Lerma Gutiérrez	21
Recuerdos de una infancia en el Pacífico Daniela Tengonoff	24
Angustia y desesperación DoraAngelis Garcés Salazar	25
De los olores y sabores del alma (fragmento) Eliana Sofía Angulo Valencia	27

El vientre que no me vio crecer	29
Elizabeth Montaña	
El cine	31
Irma Micolta Montaña	
Mi vida familiar y comunitaria en el arenal del río Micay y en Buenaventura	34
Irma Muñoz Urbano	
La lección	40
Josefina Esther Cortés Palacios	
Nuestra huella en el agua	42
Judith Páramo Mandinga	
Sopa, papa, pollo (fragmento)	47
Lizeth Johanna Gómez Moreno	
En los vagones de mi memoria (fragmento)	52
Lorena Torres Herrera	
Una niña curiosa	55
Lucía Solís	
La doña y la niñita de puchos apretados	58
Luz Colombia Murillo	
Un parto de bendiciones	62
María Elcina Valencia Córdoba	
¡De aquí no me quita nadie! La fuerza de un territorio	67
Magdalena Núñez	
La casa se asea sola	68
Maira Elena Palacios Montaña	

Siempre sí existe	71
María Elena Cortés	
La guerra une familias	72
María Isabel Hurtado	
Apartes del Paro Cívico de Buenaventura	74
María del Carmen Hurtado	
La niña endiablada	75
Nancy Díaz	
La voz de la resistencia	77
Nidiria Ruiz	
En una casa de madera	80
Nora Salazar	
Mi historia con Félix	81
Sandra Ángulo	
La venta de meado	83
Tatiana Ángulo	
Mi recuerdo de un espacio: la Alcaldía de Buenaventura	87
Yaisa Mariam Rodríguez Quintana	
Lo que se permite se repite	89
Yuly Fernanda Rosero	

Presentación

Es de particular importancia para el Ministerio de Cultura que la convocatoria de formación en narrativas afrocomunitarias con enfoque de género en la ciudad de Buenaventura —que dio lugar a un taller de escritura creativa en el mes de septiembre de 2019— pueda ofrecer a todos como resultado este cuaderno de narraciones llevadas a cabo por mujeres afrocolombianas que, tras un corto pero fructífero aprendizaje, narran para los colombianos su territorio y sus vivencias más sensibles.

Se trata de un magnífico efecto positivo tras la aplicación de una política pública orientada a garantizar el ejercicio de los derechos culturales bajo un enfoque territorial, poblacional y de género, que cumple el Plan Nacional de Desarrollo 2018-2020 Pacto por Colombia, pacto por la equidad, en la línea estratégica Todos somos cultura, la esencia de un país que se transforma desde los territorios, así como también el Pacto por la cultura y la creatividad.

El Ministerio de Cultura lidera proyectos en favor de los intercambios culturales —entre otras— de las comunidades afro, raizales y palenqueras con el objeto de generar acciones en el marco del Decenio Internacional para los Afrodescendientes y en el logro de la Agenda 2030 de Naciones Unidas.

En el presente caso, el programa *Mujeres afro narran su territorio* ha buscado poner de manifiesto el conocimiento, los intercambios y el respeto por

la herencia cultural y la igualdad de género entre la población afrodescendiente de nuestro país, especialmente de las costas Atlántica y Pacífica, pero también en las regiones del interior.

Utilizando el lenguaje creativo de la literatura recuperamos saberes culturales y sociales, salvaguardamos el patrimonio cultural inmaterial, visibilizamos historias y contribuimos a empoderar mujeres afro del Distrito de Buenaventura en un movimiento propositivo que favorece, a su vez, la recuperación y solidez del tejido social en el territorio del occidente del Valle del Cauca.

Mujeres bonaverenses —treinta y cinco promotoras, gestoras, realizadoras, narradoras y contadoras de historias e integrantes de organizaciones sociales y comunitarias— recibieron herramientas para la redacción de relatos en diversos géneros literarios, como también para la lectura y reflexión a partir de los mismos. El excelente resultado es este texto impreso que hoy tenemos.

En muchos sentidos, podemos referirnos a semilleros de escritoras afrocolombianas que harán parte de las creadoras de este país, que se fortalece y agranda paso a paso en las industrias culturales, valga decir, en las industrias de la economía creativa.

Bienvenido pues este libro, esencia refinada y puesta por escrito de parte de la vida, saberes y experiencias de un especial grupo humano representativo de los que integran a Colombia: el afrodescendiente, raizal y palenquero.

Carmen Inés Vásquez Camacho
Ministra de Cultura

Prólogo

«Aprende a describir tu aldea y entonces serás universal».

León Tolstói

Los cuentos recogidos en esta colección son para las autoras como un exorcismo. En ellos narran su territorio y recrean sus mundos, entre ficciones y realidades. Su narrativa es un vehículo que les permite ser leídas y analizadas. En sus textos señalan rasgos distintivos del Pacífico y expresan experiencias vitales de un mundo que les ha sido hostil, coartando sus posibilidades de comunicarse de forma escrita y levantar su voz, como aquí hacen.

Algunos escritores negros han sido silenciados, excluidos del medio literario y se encuentran en el anonimato. De cierta manera el aislamiento geográfico también ha contribuido para que no se conozcan las diversas prácticas culturales y la situación en la que vive la gente de la región del Pacífico.

En años recientes se han dado a conocer algunos escritores afrocolombianos gracias al Ministerio de Cultura, que ahora hace un gran esfuerzo para que las mujeres negras, desde sus regiones, narren sobre sus prácticas culturales y manifestaciones artísticas.

A través de sus formas narrativas, el lector podrá llegar al corazón de estas mujeres que nos representan.

Son muchas las narraciones interesantes que encontramos: recuerdos de infancia, de los juegos tradicionales, de los vecinos en los barrios que se reunían frente a una olla comunitaria cuando las caídas de las torres eléctricas dejaban a la comunidad en tinieblas, historias imaginativas sobre realidades y fantasías... Al leer los textos se percibe el sentir de unas mujeres que antes no se había escuchado.

Para ellas es un triunfo pasar de la oralidad a la escritura. Algunas de estas historias, que se han contado de forma oral, hoy tienen la oportunidad de ser leídas y eso es un gran logro: transgredir las normas, enfrentarse a una hoja de papel en blanco y alcanzar paradigmas.

Es muy interesante leer la posición de la mujer en el Paro Cívico, durante el cual la comunidad levantó la voz para defender sus derechos a una vida digna y de inclusión.

Está también la complejidad de las situaciones de las mujeres cabeza de familia, que cuentan sus peripecias para resolver las dificultades del día tras día.

Estos relatos describen la vida familiar de la población afro del litoral y muestran identidades locales afirmativas de lo negro. En ellos se captura el diario vivir de sus habitantes, sus oficios y aptitudes, sus ceremonias, creencias y conflictos.

El paisaje del Pacífico, de río y mar, permea cada una de las narraciones. Quedan plasmadas las olas en sus diferentes estados, los múltiples ríos de la región, los peces, los mariscos, las ostras, los moluscos, la gastronomía con sus hierbas de azotea que hacen de nuestra delicia alimenticia algo excepcional...

La flora y la fauna son otro elemento significativo para estas autoras provenientes de diferentes lugares de la región, pero permeadas todas por las mismas historias, costumbres y necesidades insatisfechas.

Agradecemos a la doctora Carmen Inés Vásquez, Ministra de Cultura, por haber otorgado esta oportunidad a las mujeres negras, pues a través de ella pudieron expresar su sentimiento, su pensamiento y su modo de ver el mundo.

Invitamos a todas las personas que tengan la posibilidad de tener esta obra en sus manos que la lean para que puedan disfrutar otra manera de narrar la historia.

Mary Grueso Moreno

Maestra, poeta y escritora

Buenaventura, noviembre 2019





La niña en la silla

Aleyda Estupiñán

El jueves 23 de agosto de cualquier año mis vidas, pasada y presente, se unieron. Ya aclaro por qué: llegué corriendo. Estaba retardada, lo que es algo normal en mí. Entré al salón, vi muchos rostros hermosos, algunos conocidos, otros, no tanto. Ocupé una silla y traté de entrar en contexto.

Escuché una a una a mis compañeras presentarse. De pronto, era mi turno. Dije mi nombre y de inmediato, como si fuera magia, la niña que hay en mí empezó su presentación: nació en una ciudad grande, cálida, alegre y fiestera. Allí crecí e inicié mi vida escolar en una edificación inmensa y blanca, de la cual en la puerta colgaba un letrero gigante que decía «Escuela».

Continuó la niña: tenía diez años. Hasta ese momento fui feliz, vivaz y enamorada de una madre y hermano cariñosos. Ella, aunque la enfermedad que padecía minaba sus fuerzas, cuidaba de sus hijos con responsabilidad y mucho amor. Llegó el momento en que su enfermedad la llevó a pensar qué sería de sus hijos cuando faltara y la opción fue buscar a su familia, que vivía en un pueblo cercano.

De pronto, balbuceó la niña con nostalgia, me vi sentada en un bus que me llevaría a un lugar totalmente desconocido. Como toda personita en crecimiento, anhelaba conocer, descubrir y disfrutar. Una sonrisa se dibujó

en su rostro angelical y prosiguió: los cambios son buenos, dijo la mamá, mientras la niña, adivinando lo que en realidad pasaría con ella, pensaba, «El cambio real será cuando tú no estés, mujer amada».

Mientras me acercaba a mi destino, dijo la niña después de soltar un suspiro enternecedor, me invadió un olor a salitre, a brisa salada, a pescado en conserva que se me impregnó en la piel, transformándose en un calor húmedo que aún llevo conmigo.

Después de un silencio, imagino que para organizar recuerdos, tosió un poco para aclarar la voz y continuó: llegamos al terminal, buses y personas iban y venían; bajamos del auto y exclamó mamá: «¡Allá está la tía!», y se acercó una mujer bajita y de rostro fuerte que movía la mano.

En ese momento vi cómo a mi madre le daban de nuevo los espasmos que indicaban otra crisis de su enfermedad. La expresión de la niña era de dolor e impotencia al referirse a ese instante: ahogo, piel negra, inflamación, angustia por un cáncer de pulmón que llevaba a mamá a su final. «¿Qué hacemos?», preguntó la tía. «¡Levante sus brazos!», le dije. Mi hermano pequeño tímidamente gritó: «¡Papel periódico para soplar!». Después de un rato todo se normalizó y la cara de la tía expresaba que esto era más grave de lo que se pensaba.

Ahora, susurró la niña: con el paso de los años entiendo que el dolor de mamá no era tanto por su enfermedad sino por la preocupación de qué sería de sus hijos. Ella, con la fuerza de su juventud, fue madre soltera al formar una familia disfuncional donde los caballeros llamados papá estuvieron ausentes. Y tampoco contó con el destino.

Inicié mi nueva vida, dijo la niña entre sollozos, entre palafitos, casas de colores, puentes casi imposibles de cruzar. Contó que varias veces cayó al

barro pestilente a pescado y heces, y de cuando en cuando se aterrorizaba por las crisis de su mamá que se agudizaban.

Hasta que un día el marido de la tía, un hombrón rudo, machista y manipulador, trabajador en ese entonces de Puertos de Colombia, le dijo: «¡O tu sobrina o yo!».

La niña cerró sus ojos y las lágrimas rodaron por sus mejillas al recordar cómo una noche vio arreglar maletas y enseres en cajas de cartón, y no se explicaba por qué su ropa estaba desparramada sobre una cama. Más tarde entendí, exclamó con dolor, que los adultos habían decidido dejarme con la tía.

Acompañé a mi mamá y a mi hermano al terminal, y se estremeció la niña casi febrilmente al decir: aún siento el abrazo en mis entrañas y la voz que decía, «¡Dios te bendiga, hija!». Mi hermano me miró con sus ojos tristes y llenos de lágrimas, levantó su manita y la batió al viento mientras se alejaba el autobús. Fue la última vez que vi a mi familia.

La niña se sentó en mi silla, con un cansancio entremezclado de impotencia, y muy bajito añadió: no sé cuánto tiempo pasó, hasta que una tarde lluviosa, mientras estaba sentada en la escalera de madera de la casa de la tía, ella se acercó y como un gran trueno que traspasó mi alma de niña dijo, «Tu madre murió», y allí comenzó otra historia.

Miré a la niña. No paraba de llorar, su cuerpo parecía de trapo, allí rodeada de cantos, alabaos y arrullos, espíritus ancestrales, de matronas sanadoras y letras de libertad, pudo por fin volver a decir: «Mamá, hermano, los amo».

Mi pasado y presente se fundieron, y el pasado volvió a mí. Así como llegó, desapareció. Allí me di cuenta, y por fin pude entender, que esa niña soy yo.

El sueño de Eliza

Amalia Carabalí Bermúdez

Eliza era una mujer de profesión educadora. Fue muy alegre hasta sus doce años cuando ella y su familia fueron de vacaciones a la finca de su tío Alfredo, el hermano mayor de su papá, quien era un hombre solo que llevaba una vida muy desordenada: de tragos, juego y mujeres. Hasta ese día Eliza mostró esa enorme sonrisa que la caracterizaba, pero esa sonrisa se perdió hasta mucho tiempo después, cuando se graduó de maestra y empezó a ejercer su profesión.

16

Entró a trabajar en un colegio para niñas. Su familia se quedó sorprendida de ver el cambio de Eliza. A sus veintisiete años había vuelto a sonreír. Toda su juventud fue muy apartada, nunca tuvo novio y no se relacionaba con los hombres.

En su primer día de labor, Eliza conoció a las niñas del grado tercero del colegio femenino El Encanto. Eran niñas entre los once y doce años de edad. Un curso de quince niñas. Eliza se presentó como su maestra del grado tercero. Una niña le dio la bienvenida. Se paró, le dio un abrazo y en ese momento empezó la afinidad con Lolita, una niña de doce años, extrovertida y muy alegre, que se convirtió en la mejor del grado tercero. Esa niña le mostró a Eliza la felicidad que ella perdió después del viaje de vacaciones a la finca de su tío Alfredo.

Pasado el tiempo, Eliza creó una familiaridad con Lolita. Se hizo muy amiga de la familia de ella. La invitaban a su casa, iban de paseo. Un día, la mamá de Lolita invitó a la maestra a pasar vacaciones en la finca del cuñado. Leonardo era un señor que había enviudado y vivía solo en una finca con muchos animales. A Lolita le encantaba, pues su tío Leonardo la quería mucho. Era su niña consentida, la hija que él no pudo tener.

Al llegar a la finca Lolita corrió y su tío la recibió con un fuerte abrazo. A Eliza le molestó un poco la actitud del tío Leonardo con su sobrina Lolita. La mamá de Lolita miró a la profesora con frescura, pero a Eliza no le gustó el grado de confianza de Leonardo con la niña. La profesora dejó de sonreír, no quiso comer y empezó a mirar al señor Leonardo con mucho odio cada que tenía un acto de confianza con Lolita. Era su sobrina consentida.

Al llegar la noche, como de costumbre, prendieron la fogata. La familia compartía. «Faltan Lolita y su tío Leonardo», dijo la profesora Eliza. De pronto, ella caminó hasta el pasillo de la enorme casa y miró que Leonardo salía con Lolita de la habitación principal. Se llenó de tanta ira que le provocó matarlo. Contó hasta diez, fingió una sonrisa y se metió a su habitación. Todos la extrañaron mientras disfrutaban al lado de la fogata.

La profesora se acostó y empezó a soñar e imaginar qué podía haber pasado en la habitación del tío Leonardo con Lolita. Según Eliza, Leonardo había empezado a tocar a la niña en sus partes íntimas y Lolita gritaba muy fuerte, pero la familia no alcanzaba a escuchar. En su sueño Eliza decidió matarlo. Iba hasta la cocina, cogía un enorme cuchillo, iba hasta la habitación de Leonardo, él estaba sentado en su cama y, sin medir palabras, Eliza le enterraba el cuchillo y el tío Leonardo moría.

Al otro día, ya llegando las once de la mañana, cuando el sol iluminaba la enorme casa, la familia fue hasta la cocina para tomar el desayuno. Se sentaron a la mesa Lolita, su mamá y la profesora Eliza. Lolita, sonriente como siempre, preguntó: «Y mi tío Leonardo, ¿dónde está?, ¿no va a desayunar?». La niña parecía muy feliz y a la profesora Eliza le asombraba verla así.

Fueron hacia la habitación de Leonardo que quedaba al fondo del pasillo, y Lolita y su mamá se asombraron al ver un charco de sangre salir por debajo de la puerta de madera pintada de blanco. Entraron y allí estaba Leonardo sobre su cama en un charco de sangre: alguien lo había matado. «¿Pero quién hizo esto?», preguntó Lolita. «Mi tío querido, la mejor persona después de mi profesora Eliza. Yo era la luz de sus ojos. ¿Quién le hizo daño?».

18

Eliza, sorprendida al ver a la niña, le preguntó: «¿Tu tío no te hizo daño?». Lolita le respondió: «No, él era un ser muy respetuoso, jamás haría algo que me lastimara. No sé cómo alguien pudo matarlo». Eliza bajó la mirada, comenzó a recordar el sueño de la noche anterior y se preguntó: «¿Quién lo habrá matado?».

Lo cierto era que el tío Leonardo estaba muerto, y a Lolita no le quedó de otra que refugiarse en los brazos de su madre y su buena maestra Eliza.

Cuando mi papá me cargaba

Ana Milena Díaz

«¡Se quedó dormida la niña de nuevo en esas mismas cuatro tablas!, ¡cómo le encanta dormirse ahí!». Estas palabras las repetía doña Ana todas las noches cuando su hija mayor se quedaba dormida en la pequeña sala de la casa viendo *Yo amo a Paquita Gallego*, la telenovela de las ocho que reunía a toda la familia.

Doña Ana, una mujer afro de cabello corto, ojos negros y contextura gruesa, cansada por la larga jornada lavando ropa en diferentes casas de familia, le decía a su marido: «Flaco, Flaco, Flaco, se durmió de nuevo Coco ahí, despiértela o cárguela pa' la cama». El Flaco, como lo solían llamar, era el papá de Coco, como cariñosamente le decían a su hija Ana Milena Díaz Hurtado, de escasos diez años, de cabello corto, peinada con trenzas que su mamá pagaba a alguien para que se las hiciera porque ella no sabía peinar.

La niña solía quedarse dormida en el piso de la sala de la media casa que sus padres habían construido en un terreno ganado al mar, donde por pequeñas rendijas se podía ver la marea, si era puja, o sino el bajamar y toda la basura traída por el vaivén de las olas del mar. En esas cuatro tablas, que eran las menos corroñosas, Coco se dormía esperando que su papá la cargara y la llevara hasta la cama, donde le colgaba el toldillo para

que ningún jején o zancudo le fuera a picar. Era un momento mágico que Coco disfrutaba porque veía poco a su papá. Éste pasaba ocho días mar adentro pescando en una lancha a viento y marea para poder traer dinero para el sustento de la familia. Esas cargadas eran mágicas, como las de los cuentos de hadas en las que el príncipe toma a su amada en brazos para llevarla al castillo soñado.

Así era como ella disfrutaba las cargadas de su papá hasta su castillo protegido por un gran toldillo que la amparaba de zancudos y jején. En cada cargada con dirección a su aposento de descanso se conectaba cada vez con ese gran hombre de nobles sentimientos, servicial, honesto, responsable y dedicado, que siempre le había puesto la mejor cara a la vida y del cual se sentía privilegiada que de fuera su papá, su querido viejo, quien le regaló las mejores cargadas de su vida.



(*d*)

Despedida de amor

Daly Yaneth Lerma Gutiérrez

Jet era hija única del matrimonio de Eduardo Bonilla y Dalia Gutiérrez. Eduardo era un hombre esforzado y trabajador, dedicado a sacar a su familia adelante. Dalia era una mujer amorosa, dedicada, fuerte y resistente, cuyo sacrificio y abnegación fueron los cimientos de la estructura familiar.

El nacimiento de Jet fue todo un acontecimiento. «Nació mujer», exclamó don Francisco Gutiérrez, el abuelo paterno de Jet. La celebración duró aproximadamente tres meses. Solo finalizó cuando Eduardo, el padre de Jet, decidió arrancar un cable de su equipo de sonido para lograr que las personas abandonaran su casa.

Don Francisco, durante la celebración, reclamaba derechos sobre su nieta, porque era la nieta que siempre había esperado ya que su hija solo había parido varones.

Dalia, quien después del parto sufrió una crisis nerviosa, encontró en el reclamo de su padre la solución temporal a sus dificultades. Aceptó que su hija fuera llevada a casa del feliz abuelo.

Jet creció en la casa de su abuelo Francisco, quien, junto a su esposa —a la que Jet llamaba tía Aurita—, la rodearon de mucho amor, entrega y dedicación. Jet era realmente feliz, su abuelo se encargó de complacer cada uno de sus antojos, consintiéndola y malcriándola. No era otro el objetivo de Francisco que el ver a su nieta feliz.

Jet vivía constantemente al lado de su abuelo, no había intimidad que respetara, todo el tiempo lo perseguía con el único objetivo de conseguir que su abuelo cumpliera cada uno de sus deseos. Francisco, quien se encargaba de todo lo relacionado con su nieta, era feliz complaciéndola, disfrutaba de su compañía, de todo lo que esa niña le proporcionaba, una felicidad infinita.

Jet, día tras día, disfrutaba del amor de su abuelo hasta que en una ocasión entró al baño mientras él se bañaba y lo vio caer al suelo con su mano derecha en su pecho. Se resbaló por el jabón, pensó Jet, mientras gritaba: «Tía Aurita, mi abuelo se cayó». No entendía lo que pasaba, solo observaba a todos en casa gritar y caminar desesperados. Luego vio un carro que llegó a la puerta de la casa y se llevó a su abuelo. Ella solo miraba con detenimiento la manta verde que lo cubría.

Pasaron varios días y Jet vio de nuevo a su abuelo, pero esta vez no fue en casa, donde ella constantemente lo perseguía, esta vez fue a través de un marco grande cuyo cristal la separaba dolorosamente de su abuelo, quien se encontraba en una cama conectado a unos cables. Jet seguía sin entender qué pasaba, solo anhelaba volver a casa y correr detrás de su abuelo.

Días después la casa de Francisco Gutiérrez se llenó de muchas personas, algunos eran familiares, otros vecinos y desconocidos. La tía Aurita y Dalia solo lloraban. Las personas las saludaban, pero ellas no lograban

sostener una conversación por mucho tiempo. Jet se encontraba sentada en la escalera que daba a la terraza de la casa de su abuelo, una casa de dos pisos unifamiliar, de cuatro habitaciones, una en cada esquina, y la cocina en el centro. Ella, muchas veces, rodeó esa cocina mientras perseguía a su abuelo pidiéndole que le hiciera su tetero.

Una caja de madera trajo consigo a Francisco Gutiérrez de nuevo a casa. Fue la última vez que Jet vio a su abuelo. Ya no lo podía perseguir y él ya no podía complacer sus deseos.

Años después, en una conversación con su madre, Jet se enteró de que ese día que vio a su abuelo a través de la ventana fue por petición de él. Francisco le dijo a su hija que llevara a su niña adorada. No quería morir-se sin despedirse de ella. Fue en ese momento que Jet comprendió que esa tarde, frente a la ventana de ese hospital, su abuelo se despidió de ella. Él le dijo adiós a su niña, a su amor, pero, por el contrario, ella no. Ella no se despidió, ella continuó extrañando, anhelando, persiguiendo a quien amó, ama y siempre amaré a pesar de su ausencia.

Recuerdos de una infancia en el Pacífico

Daniela Tengonoff

El ruido de las balas rebota en la cocina e inunda los espacios.

Se escucha el repique seco de las ollas vacías. Entre tanto, Samuel se aferra al relicario que antes de partir le dejó su madre.

Millones de imágenes le atraviesan la cabeza mientras ruega que amanezca. Solo piensa en poder huir al colegio para dejar atrás su barrio y sus problemas.

La marea anuncia tormenta. Y entre sus recuerdos navegan episodios felices junto a su madre. La escucha cantar o la ve preparándole algún sudado que impregna de olores la casa de madera, en la que se evoca la humedad multicolor, el coco molido, el chontaduro fresco y el borojó licuado.

Ahora solo queda el polvo, el hambre, y hasta la marea se puso gris. Desde que su madre tuvo que irse a otra ciudad para poder mantenerlo a él y a su padre, Samuel ha perdido sus colores, no tiene quién le juegue y le dicen que en la calle no puede estar por su seguridad. Y esto lo escucha de la boca de las vecinas o abuelas cercanas, porque su padre nunca llega para cocinar y menos para abrazarlo cuando el impacto de los casquillos no lo deja dormir. Extraña el ritmo de su madre, el calor de su cuerpo y su mirada serena como el mar.

Angustia y desesperación

Dora Angelis Garcés Salazar

En el año 2008 en horas de la noche, aproximadamente a las once, del día 25 de junio, mientras estaba acostada en su cama, empezó María Constanza a sentir un fuerte escalofrío en todo el cuerpo y un sudor que mojaba todas las sábanas.

Esto vino acompañado de fuertes dolores de cabeza, fiebre y temblores. De repente, la asaltó un terrible pensamiento: «Estoy muriendo».

Inmediatamente su esposo entró a la habitación y vio a María Constanza en ese estado. Se asustó muchísimo, llamó a sus hijos y les dijo: «Su mamá está muy mal». Se apresuró para organizarla y llevarla al hospital.

Los hijos, en medio de su angustia, no sabían qué hacer.

María Constanza recuerda que cuando estaba en la clínica los médicos corrían de allá para acá. La conectaron a unos aparatos y ella escuchaba una voz muy lejana que le decía: «No se mueva», mientras hacía un corte en su garganta.

Dice no recordar más desde ese momento.

Luego, se despertó en la clínica y se dio cuenta de que habían pasado varios días en los que estuvo inconsciente. Su familia pensaba que moriría, los médicos diagnosticaron que uno de sus riñones no estaba funcionando

y que debían extraerlo. Y fue ahí donde se puso a prueba la fe de esta familia para rogar por la salud de María Constanza. Le pedían al Todopoderoso que ella no perdiera su riñón.

El milagro se dio y su recuperación fue total. Hoy María Constanza goza de una excelente salud y de aquella noche de angustia no queda sino el recuerdo.





De los olores y sabores del alma (fragmento)

Eliana Sofía Ángulo Valencia

El barrio El Firme, ubicado en pleno corazón de la isla de Cascajal en mi amada Buenaventura, es uno de los más populares y tradicionales de la ciudad. Un barrio inmenso, formado por muchas callecitas destapadas, casi todas en bajadas y lomas llenas de piedras, barro y charcos hechos por los huecos que van dejando las obras de pavimentación, alimentados por el agua de los inclementes aguaceros que caen sobre el puerto. En la calle principal del barrio se erige mi escuela, grande, majestuosa, esa que me vio llegar por primera vez con mi uniforme blanco impecable, adornado con bolitas rojas y una tapita tipo jardinera en el pecho, mis medias blancas con los zapatos negros de caucho que compartíamos con mi hermano Vlacho, embadurnados de barro. Él los usaba en la jornada de la tarde para asistir a la República de Venezuela, como se llamaba su escuela, y yo en la jornada de la mañana. Así tocaba, todo compartido. Eran tantas las carencias, pero a la vez tanta la unidad y el sentido de familia, sumado al deseo de salir adelante, que, con tal de no faltar a la cita con el futuro, con tal de no faltar a la escuela, hasta los zapatos compartíamos.

Mi escuela, María Goretti, se erigía como si fuera un monumento poderoso al conocimiento o, más bien, al saber. Mi maestra Edith era una sabia. La construcción era enorme y tenía una vieja fachada carcomida por el tiempo y una desgastada pintura color mostaza claro con bordes de color café oscuro, que intentaban darle, sin lograrlo, un toque de sobriedad. En su interior estaba el enorme patio y alrededor los salones de clase. Los salones asignados al primer y segundo grado estaban divididos por una pared mediana de madera, lo que permitía escuchar el ruido de las vocecitas ensordecedoras de las niñas de ambos grupos.

Cómo recuerdo mi escuela, sus sonidos, la campana, los estridentes gritos de las niñas jugando a la lleva, los fuertes llamados y regaños de las maestras, todas grandes y gruesas, pero también muy esbeltas, algunas ya mayores como mi maestra Edith, con la cual tuve una conexión inmediata y duradera. Los ladridos de los perros que merodeaban la enorme puerta, todos con dueños, pero igual todos callejeros, pues los perros, como la gente, éramos de las calles. Así de libres éramos.

El vientre que no me vio crecer

Elizabeth Montaña

Aquella tarde lluviosa mi madre Floris se veía en el espejo mientras peinaba su hermosa cabellera negra y ensortijada. Desde su ventana contemplaba las gotas de agua que caían del cielo gris. De pronto fue sorprendida por varios hombres agitados, sudorosos y armados que irrumpieron en la tranquilidad de su hogar. Ella nunca había visto cosa semejante, porque en aquel lugar, a pesar de la pobreza, vivía tranquila. La reacción fue inmediata: solo pidió permiso para sacar a sus dos hijas, Matilde y Rosa, quienes eran muy chicas y no comprendían lo que sucedía.

Era el año 2002. Floris estaba embarazada con cinco meses de gestación. Yo era su primer hijo varón y no estaba en sus planes, pero por circunstancias de la vida fui concebido. No recuerdo sentir las caricias y la voz de mi padre en el vientre de mamá, pues desapareció de nuestras vidas apenas se enteró de que me iba a tener.

Ella me puso Miguel, el nombre de mi abuelo materno, y así me llamaban todos en la casa. Pero más me gustaba escuchar a Matilde cantarme: «Arilongo, Arilongo, yo te quiero, Arilongo». Creo que aprendí a bailar desde que estaba encerrado en aquella burbuja llena de líquido amniótico.

Floris llegó a casa de su vecina Liboria, quien, después de escuchar las voces desesperadas, abrió la puerta. Ella vio el rostro pálido de esa mujer quien, con sus dos hijas agarradas de las manos, se sentía morir.

En aquel momento mi madre empezó a sentir retorcijones fuertes, movimientos bruscos en su panza y temblor en todo su cuerpo. Yo le generaba toda esa angustia porque tenía mucho miedo y no quería morir. La vecina, preocupada por la situación de mi madre, corrió a la cocina, buscó en todos los cajones hasta que encontró manzanilla, hierbabuena y toronjil para preparar un brebaje.

Mi madre y yo nos quedamos dormidos después de haber ingerido aquel remedio que la tranquilizó. Mientras tanto, Rosa y Matilde jugaban con tres muñecas de trapo que encontraron en la silla de aquella casa.

Pasaron los días y Floris se empezó a preguntar: «¿Por qué Miguel casi no se mueve?». Me decía perezoso y empezó a comer lo que más me gustaba, pero ni eso levantaba mi aliento. Mi pulso seguía débil, pero cada vez me aferraba a la vida. No había duda de que quería nacer y conocer ese mundo exterior que me esperaba.

Mi madre, al no ver evolución, se fue por urgencias a un hospital. Quería saber lo que pasaba: ya había pasado mucho tiempo y yo no me movía. Fue atendida por una enfermera, quien tomó sus datos y le dijo que esperara.

Cuando Floris fue atendida, el médico le dijo que ya no había nada que hacer: yo había muerto y tenían que intervenirla de una vez. Así fue: nací en una camilla fría y sin mucho protocolo. Fui colocado sobre su pecho y sus lágrimas rodaron por mi cara. Recuerdo que me colocaron un traje amarillo que me hacía ver simpático. En aquella sala de parto terminaron mis ganas de seguir creciendo en aquel vientre, que solo quiso darme la vida.



El cine

Irma Micolta Montaña

Esta es una historia fantástica e inverosímil. Creo que a nadie en el mundo le ha sucedido ni le sucederá, solo a ella, únicamente a Sharon Esther.

«¡Por fin libre!», dijo ella, «ahora puedo hacer con mi vida lo que quiera».

La señorita de diecisiete años se había criado en un hogar conservador y religioso. La enseñanza de sus padres desde la niñez había sido cuadrículada y llena de prohibiciones. No tendría novio, decían ellos, podría salir embarazada antes de tiempo y abandonar sus estudios. Por eso, sentía que por fin podría hacer su vida con libertad sin que ello se convirtiera en libertinaje.

Un día cualquiera, cuando salía de clases en la facultad de Artes, en el gran portón de la facultad de Humanidades, conoció a Richard Freddy Muñoz. Era un apuesto, delgado y simpático joven, estudiante de Comunicación Social y Periodismo. «Te invito a cine, tengo dos entradas para ver la película Gremlins». Una película de estreno para ese momento. Antes de contestarle vinieron a su mente los recuerdos de su niñez. Entrar a cine era pecado. Ese lugar era un antro de perdición. Nunca entendió por qué sus

padres le decían aquello. Vaciló un poco y le preguntó a su nuevo amigo: «¿De qué se trata la película?». «Son unos tiernos y adorables muñequitos como de peluche». Pensó ella: «Ir a ver muñecos de peluche no puede ser tan malo. Además soy libre». «¿A qué hora es la función?», le preguntó. «A las siete p. m. ¿Paso por ti?». Ella respondió: «Bueno».

Llegó la noche. Sonó el timbre. Era Richard Freddy. «Doña Fanny, voy a salir, regreso pronto». Doña Fanny era la señora pastusa que le arrendaba a Sharon Esther una cómoda y fría habitación en el barrio La Esmeralda. «Chao, Sharito, no se demore», exclamó la dueña de la casa.

Por fin llegó la hora señalada. Su corazón empezó a latir como si fuera a estallar. Iba a romper un mito de su niñez. La función había comenzado. Por primera vez ella vio un gran televisor con pantalla a color. Era la sala de cine del Teatro Caldas de la ciudad de Popayán. Todo estaba muy oscuro. Repleto de gente, con los rayos de luz que despedía el gigante televisor a color podía ver por reflejos la multitud.

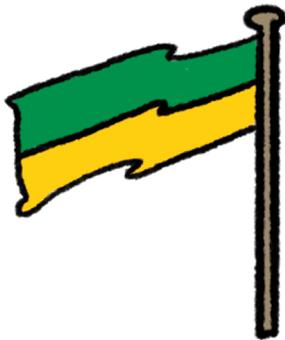
De repente, un animal horrible, con ojos negros saltones, agigantados y sin pupilas fue para donde ella estaba. Era un primerísimo primer plano del gremlin. Había avanzado hasta la mitad de la sala. Asustada ella comenzó a gritar: «Estoy en el infierno y estos animales son los demonios».

Richard, al escuchar esto, se escabulló porque casi toda la gente fijó sus miradas en ellos. Él se alejó. En un instante lo perdió de vista en aquella oscuridad. «¡Richard, Richard!, ¿dónde estás?, ¡no me dejes aquí!», gritó aterrorizada. Los presentes empezaron a silbar y a rechiflar. «¡Sáquenla! Sáquen a esta loca de aquí».

Ella, más asustada, sin saber qué hacer, empezó a treparse por encima de las cabezas de las personas, buscando a Richard. Era la primera vez que

entraba a un sitio de estos y no sabía que las sillas eran plegables ni que había escalinatas para ingresar a cada puesto.

En ese instante hubo un receso y encendieron las luces. Ella encontró la salida. Afuera estaba Richard y él le reprochó: «¿Por qué me hiciste pasar semejante vergüenza? ¡Qué ridícula eres! Pareces una chimpa». Ella le confesó todo lo que sus padres le habían enseñado en la niñez y que ahora se sentía pecadora.



Mi vida familiar y comunitaria en el arenal del río Micay y en Buenaventura

Irma Muñoz Urbano

En el río Micay, en la zona media, en la vereda Zaragoza, estaba el punto llamado el Arenal, con su playa grande y hermosa, donde vivíamos ocho familias.

34

Las aguas del río Micay, claras y provocadoras, invitaban a meterse a él tanto para bañarse como para nadar. Allí los niños corríamos, jugábamos y competíamos al que llegara primero al punto marcado.

En este lugar la tierra era fértil: se daba chontaduro, pepepán, caimito, guaba de churima, de machete y larga, papaya, guayaba, enano, banano y rascadera, entre otros.

En el río Micay poníamos la katanga y caían micuro, sardina, nalbo, barbudo, biringo, guabina, patón, camarón, guacuco y gualsapo. Para que todos estos pescados entraran a la katanga les poníamos carnada de comején y afrecho de maíz añejo.

Una de las casas en el punto del Arenal era de mi tía Teodolinda, hermana mayor de mi mamá y madrina de mis dos hermanas, mi hermano y yo.

Con mi tía Teodolinda vivía mi abuela, a la que llamábamos muy amorosamente Mayaya. Era una mujer mayor, de unos 75 años.

La casa era de techo de paja y estaba sostenida por horcones de dos metros de altura. La casa estaba empisada con chonta abierta y con esto mismo cercaban las paredes. Las escaleras para subir a la casa eran de chonta o palos gruesos.

Nos alumbrábamos con lámpara de kerosene y con embil. Guardábamos la candela metiendo la concha de corozo debajo de las cenizas y las brasas del fogón de leña. Cuando en una casa se olvidaban de guardar la candela en la mañana llamaban al vecino más cercano, gritando, por ejemplo: «Comae Hermecinda, uuuuu, ¿usted amaneció con candela?». Y la otra le contestaba también gritando: «Síííí». Y la primera volvía a contestar: «Bueno, ya voy para que me dé un tizoncito».

Entre el piso y el techo trasero estaba el soberao, que usábamos para guardar las cosas viejas y las que no estábamos usando.

La cocina era más bajita que la casa: un escalón de diferencia. Allí se ponía el fogón de leña con sus tulpas a lado y lado. A unos ochenta centímetros arriba del fogón se colgaba la barbacoa donde ahumábamos el pescado, los envueltos, el chontaduro, la pepepán y las comidas que no se gastaban en el día.

Al lado de la cocina estaba la azotea. Allí se sembraba cebolla larga, de la cual no usábamos sino las hojas, porque el tallo era para que siguiera dando más cebolla. En esta azotea, para no tener que ir al río, recogíamos el agua lluvia en bateas, cántaros y calabazos.

En los aleros de la casa nacían las distintas albahacas, el culantro, el limoncillo y el poleo.

Uno de los alimentos que más se usaba era el maíz, que sembraban casi todas las familias. Una persona iba adelante regando los granos de maíz y las otras iban detrás rozando el monte. El monte no se quemaba porque este servía para alimentar a la misma tierra. El maíz se quebraba en piedra y se ponía a añejar para después hacer envueltos, birimbí, cachín, envueltos chilenos con leche de corozo... Con el maíz sin añejar se hacía otaya, sango y envueltos de boboí.

Otro de los alimentos principales que más se usaba en el Arenal y en todo el río Micay era la caña. Se sembraban los cogollos de la misma caña. Cuando la caña ya estaba para cortar se iba a rozar el monte y se cosechaban las que estaban en el suelo y las que ya estaban para caerse. Al otro día de la cosecha, a eso de la una a. m., cuando cantaba el gallo, nos levantábamos a moler la caña en trapiche de chonta para sacar el guarapo. Todo el guarapo se cocinaba. Una parte se utilizaba para sacar el viche y otra parte para sacar la miel y la panela.

En el año 1945, cuando se enfermó mi mamá de una enfermedad contagiosa, tisis, nos tuvimos que separar de ella. Mi hermana mayor tenía siete años; yo, que soy la segunda, tenía cinco; la hermana que me sigue tenía tres y mi hermano, el menor de todos, un año. Mis hermanas, mi hermano y yo nos fuimos a vivir con mi abuela a la casa de mi tía Teodolinda. Mi papá se fue para Buenaventura a buscar trabajo y conseguir plata para poder llevar a mi mamá a Buenaventura para que la examinara un médico.

La distancia de la casa de mi tía a donde vivía mi mamá era de unos treinta o cuarenta metros, pero para mí era como si no supiera que ella estaba tan cerca, ni siquiera que existía. Nos habían prohibido que fuéramos por ese camino, para protegernos, pues temían que nos pudiéramos contagiar de la enfermedad.

Mi mama perdió la voz y se comunicaba con mi abuela por medio del sonido de un palito que golpeaba en la tapa de una olla. Cuando ella necesitaba alguna cosa y mi abuela no había ido, mi mama hacía sonar un palito en la tapa de la olla, por algo que necesitaba; y creo que especialmente para saber cómo estaban sus hijos, sabiéndolos tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

Mi abuela, todos los días antes de embarcarse a realizar sus quehaceres, iba a saludarla, a ver cómo estaba y qué necesitaba.

Un día cualquiera mi hermano, el menor, dijo: «Mayaya, no ha sonado el palito». Mi abuela hizo un gesto de angustia y se puso las dos manos sobre la cabeza, bajó afanada las escaleras y, a pesar de su edad, casi se fue corriendo. En un momento oímos el grito de dolor. Mi mama había muerto, pero nosotros, sus hijos ni nos inmutamos, y mi abuela tampoco nos dijo nada.

Ahora pienso que mi abuela debió estar destrozada de dolor porque ya antes se le habían muerto los dos hijos menores, y ahora mi mama. Únicamente le quedaba mi tía Teodolinda.

Yo no sentí la pérdida de mi mama en ese momento, supongo que por la edad que tenía. Pero ya adulta, siendo madre, pienso en mi mama y en los momentos de angustia y dolor que debió haber sentido por la ausencia de sus hijos tan pequeños, sin poderlos ver. De pronto nos oía las voces. Mi papa no se dio cuenta de la muerte de mi mama, y no sé cuánto tiempo después se enteró, porque la distancia que había entre Arenal y Buenaventura era de ocho días, pues se viajaba a canaleta en canoa o en potrillo.

Mi abuela y nosotros, los cuatro hermanos, dormíamos en la sala de la casa. Ella tendía la damajagua y colgaba el toldillo. Allí dormíamos como la gallina con los pollitos. Mi abuela nunca nos mencionaba a mi mama,

pero después de su muerte, todas las noches en la madrugada se despertaba a llorar por sus tres hijos fallecidos. Yo todas las noches la oía decir, llorando: «¡Ay! Unban —que era mi mama—, Ton —que fue el único hijo varón de mi abuela y lo mataron por defender al cuñado, marido de mi tía Teodolinda— y Chenchá —la hija menor, que murió ahogada—». No había una noche que no llorara.

Después de que murió mi mama, mi papa vino al Micay y nos llevó a mi hermana mayor y a mí a Buenaventura para ponernos en la escuela. Yo no me di cuenta cuándo ni en qué nos llevó a Buenaventura. Únicamente me acuerdo cuando ya estaba en Buenaventura.

Cuando nos fueron a matricular, a mí no me aceptaron porque apenas tenía seis años. Como no me aceptaron, mi papa volvió a llevarme al Arenal y dejó a mi hermana mayor en Buenaventura con mi abuelo paterno. Yo tampoco me di cuenta a qué hora nos regresamos para el Arenal.

De esa época con mi papa solo recuerdo claramente cuando él hizo un gesto de dolor y exclamación a la Santísima Trinidad cuando supo que habían matado a Jorge Eliécer Gaitán. Se puso las dos manos en la cabeza y dijo: «Santísima Trinidad, quisiera volverme un pajarito, irme volando para Buenaventura, para ver a mi hija».

Tampoco me di cuenta a qué hora se fue mi papa para Buenaventura.

Cuando mi hermana mayor terminó el año escolar en Buenaventura mi papa la llevó nuevamente al Arenal. Yo no me di cuenta de que mi papa había llegado al Arenal. Solamente vi que mi hermana mayor ya estaba nuevamente con nosotros y que mi papa se había regresado para Buenaventura.

Tiempo después, en 1952, mi papa volvió al Arenal para llevarnos a mis dos hermanas, mi hermano, mi abuela y a mí a Buenaventura. De este viaje solamente me acuerdo de que una ola nos encalló en un bajo, más adelantico del paso de Tortuga.

Desde esa época nos quedamos viviendo en Buenaventura. Primero llegamos al sector de El Piñal, donde mi papa había hecho una casa grande, de palafitos, a donde llegaban parientes y paisanos que venían del Micay.

Tiempo después a mi papa le compraron la casa porque los dueños de los aserríos necesitaban extenderse hacia la orilla del estero. O sea, como se dice actualmente, nos desplazaron forzosamente, pero sin darnos cuenta.

Del Piñal nos fuimos a vivir a otra casa que mi papa hizo en la calle La Esperanza del barrio El Jorge; esta casa también era grande. Cuando mis dos hermanas y yo ya fuimos adultas mi papa nos la entregó como herencia y como tal la conservamos hasta hoy. A mi hermano, mi papa le entregó también una casa que había hecho en la calle La Trinidad del mismo barrio.

La lección

Josefina Esther Cortés Palacios

Era un 30 de noviembre, el día de cumpleaños de mi mamá, Luz Nereida Palacios. Ella era una señora muy elegante, más en ese día especial.

40

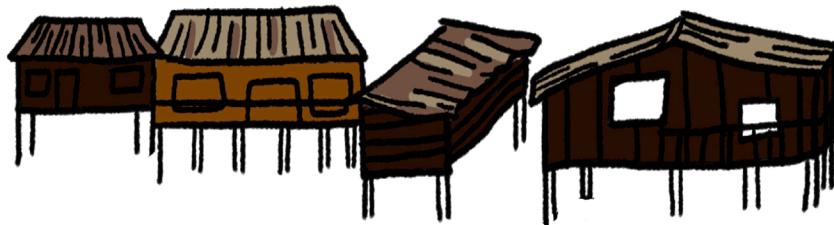
Mi papá era un hombre responsable, muy trabajador. Se preocupaba mucho por el bienestar de la casa, que no hiciera falta nada. Era muy exagerado para las compras. No escatimaba en gastos para la casa y gustos para mí. Yo era su única hija. No pensaba en las necesidades personales de mi mamá.

Ella no trabajaba por fuera de la casa ya que él no se lo permitía, pues consideraba que su responsabilidad era el sostenimiento de la misma. Mi papá era un trabajador de la extinta empresa Puertos de Colombia. Se desempeñaba como jefe de tarja en la bodega número once.

Mi mamá ese día dijo: «Ahora se la hago a Julio». Así se llamaba mi papá. Entonces salió de la casa muy bien vestida al trabajo de mi papá. Se cambió, tal como lo tenía pensado, en la puerta Raymond. La puerta Raymond era la entrada al terminal marítimo. Se denominaba así por un americano que llegó y dejó su apellido escrito en la entrada. Por esta puerta se ingresa a pie, aclaro, ya que en la otra entrada el ingreso es en vehículo, dejando un registro o documento para entrar al muelle.

Mi mamá se colocó unos harapos o ropa vieja toda rota. Al verla así mi papá se puso iracundo. No entendía su actitud. Le preguntó qué pasaba y por qué andaba así, a lo que mi mamá respondió que ella también tenía necesidades personales y no se podía poner una plancha, una licuadora, un televisor, una nevera, un ventilador...

Con esto mi papá aprendió la lección. Mi mamá salió gananciosa, ya que a partir de eso los regalos en las fechas especiales eran dobles: compraba cosas para la casa y detalles personales o ropa para mi mamá.



Nuestra huella en el agua

Judith Páramo Mandinga

Se acercaba Semana Santa y hacíamos los preparativos. Como es propio de los pueblos del Pacífico hay que aprovisionarse de todo, alimentos, leña y cualquier otra cosa indispensable, para evitar actividades en los días santos.

42

A mi bisabuela Natividad y a mí nos correspondió recoger en el potrillo cañas y leña en la quebrada El Aguacate, que quedaba quince minutos hacia abajo de donde vivíamos, en casa de mi abuela Encarnación.

Cada una cogió su canaleta y nos fuimos en el potrillo del tío Ofer. Ese potrillo tenía un color rosado, poco común. Llegamos y nos esperaban los adultos en la orilla. Empezaron a cargar la embarcación con cañas y leñas. Cargaban y cargaban, parecía una labor interminable. Finalmente, al cabo de un largo rato, dijeron que ya podíamos salir.

El potrillo quedó tan cargado que mi abuela, quien iba atrás piloteando, quedó muy incómoda por el espacio tan estrecho. Mi condición era peor. Al ser pequeña me acomodaron en un mínimo espacio de la proa sobre un montoncito de caña. Mi abuela me advirtió:

—Mija, con mucho cuidado vaya ahí arrodilladita y trate de no moverse mucho.

Esto resultaba incómodo, las posturas naturales eran sentarse o pararse.

Emprendimos el camino hacia la salida de la quebrada para llegar al río Brazo del Coco, que nos llevaría a casa.

Como a la mitad del camino, a causa de un movimiento abrupto al tratar de esquivar una rama que se nos interpuso en el camino, el potrillo se hundió y volteó quedando totalmente bocabajo. Me llené de espanto y lloré porque no sabía nadar. Tenía apenas seis años y recién había llegado de Buenaventura de vivir con mi mamá.

De todos modos, como pude, me agarré de unos matorrales que emergían casi a la mitad de la quebrada. Yo no paraba de llorar.

Mi abuela, en lugar de consolarme, me dijo:

—Vaya jale el potrillo hacia acá, que yo lo volteo.

A lo que respondí:

—Abuela, si me corta un palo de estos, yo lo jalo para acá. ¿No ve que no sé nadar?

Es que mi abuela sabía poco de mí, yo recién había llegado. A mí lo que me gustaba era pasarme casi todo el día en la escuela aprendiendo. Mi mamá dice que a los cuatro años aprendí a leer. Ella me ponía unas planas y yo las hacía rapidito. Al regresar de la escuela veía programas como La mujer maravilla y Mi pequeña maravilla y, por supuesto, me encantaba jugar con las niñas de alrededor, sobre todo con Darlyn.

Después de responderle a mi abuela, ella agregó que hasta el machete había ido a dar al plan del río.

Al cabo de un rato, conmigo aún en medio del llanto y los sollozos, mi abuela tomó impulso y se lanzó a alcanzar el potrillo, que ya se alejaba hacia afuera por la fuerza de la corriente que subía.

Cuando mi abuela nadó, su pollera tomó forma de un gran globo. Ella, a diferencia del resto de mujeres, hasta al monte iba con sus grandes faldas. Esto, lo de la falda como un globo, causaría mucha gracia cada vez que en el futuro contara el suceso.

Con gran destreza, la abuela volteó el potrillo, se metió en él y en cuclillas balanceó su cuerpo de izquierda a derecha, achicándolo. Cuando ya quedaba poca agua, terminó la tarea con el canaleta que ya había rescatado también. Luego, me ayudó a subir y emprendimos el camino a casa.

Al salir de la quebrada, con gran asombro, vimos a lo lejos la silueta de mi otra abuela. Digo asombro, porque ella se encontraba en Buenaventura y no sabíamos que había regresado.

Al acercarnos vimos su expresión de angustia. No hacía falta que explicáramos lo sucedido, ella dedujo lo que nos había pasado al vernos empapadas y sin ningún material a bordo.

Mi abuela, con la que navegaba, cambió de rumbo y regresamos por el mismo camino.

No recuerdo lo que hicimos inmediatamente después de llegar, pero supongo que luego de cambiarnos la ropa comimos. Siempre había mucha comida y eso me encantaba. Mis abuelas me acostumbraron a comer mucho, ya que yo tenía una hernia umbilical, y creían que no podía aguantar hambre. Así es que para cualquier sobradito que por ahí yo era la primera candidata, cosa que no me disgustaba.

Lo que recuerdo con claridad es que, llegando la noche, los adultos fueron a recoger lo que habíamos perdido en el naufragio. A esa hora, la marea estaba baja y se podían ver los objetos en el fondo del río.

Al regresar, ellos ingresaron a la quebradita aledaña a la enramada. Yo estaba sentada observándolos, recostada en un balcón en la sala. Esta enramada era muy particular, eran como dos casas en una, las unía un puente corto. En la primera parte, la estructura tenía tres cuartos totalmente encerrados. Al frente de ellos había una sala y balcones. En el tramo más largo de este había un tablón que servía de mesón para poner el molino metálico. Con el paso del tiempo mi hermano y yo nos convertiríamos en los molenderos del hogar. La segunda parte de la casa era una enramada techada con paja, a diferencia de la otra que tenía cinc. Solo tenía una pared que daba al cuarto común, donde dormíamos los niños y mujeres. Lo demás tenía una pequeña pared como de setenta centímetros. Al frente del cuarto había un fogón alto de leña con su barbacoa. En la cocina nosotros comíamos en el suelo, mientras que mis tíos sí tenían un comedor.

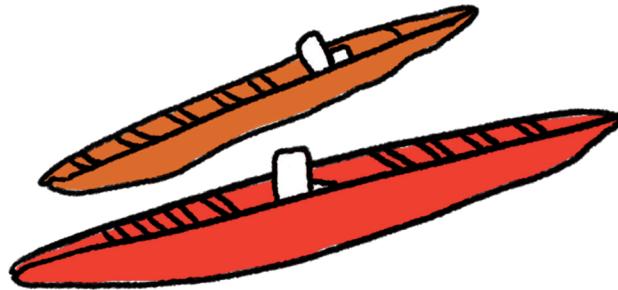
Cuando vi la madera toda mojada sentí nostalgia de pensar que mi bisabuela y yo no habíamos hecho bien la tarea. Ahora había que colocarla al sol para poder usarla.

Después de este acontecimiento tan fuerte para mí, mi bisabuela se empeñó en enseñarme a nadar. Lo hizo como con los otros niños antes que yo, no tuvo necesidad de meterse al agua conmigo. Es que esos ochenta y tantos años que ya tenía la dotaban de mucha sabiduría.

Para el entrenamiento tomó dos cocos como balsos, sacó una tira de cada uno y los unió entre sí. En medio de ellos puso un tronco y estos me ayudaban a flotar mientras aprendía a coordinar brazos y piernas hasta llegar a nadar sin ellos.

Imagino que al principio solo era un chapuceo cantinflesco de mi parte, pero al cabo de un tiempo me volví una experta nadadora, hasta llegar al punto de subirme sola a mi potrillo, empuñar mi canaleta y bogar largas distancias. Recuerdo que siempre se burlaban de mí, ya que al bogar de pie contoneaba todo el cuerpo. Decían que yo le metía mucha fuerza a todo. De hecho, mi bisabuela decía que por mi fuerza le gustaba llevarme a las labores del campo.

A partir de ahí las olas que dejaba cada lancha al pasar me incitaban a sumergirme en el río, que probablemente me hubiera arrebatado la vida.





Sopa, papa, pollo (fragmento)

Lizeth Johanna Gómez Moreno

Faltan veinte días para mi cumpleaños número veintidós. Tengo tres hijos y antes de que llegue mi cumpleaños tendré mi cuarto hijo.

Trabajo como docente, haciendo reemplazos. En un día común puedo atravesar la ciudad de Guacamayas a Suba, segundo de primaria en la mañana y quinto en la tarde.

Mi mundo huele a niños, entre mugre, mocos, pecueca y Bon Bon Bum. Lápices que nunca tienen suficiente punta manchan mis uñas y mis manos. Mis piernas se hinchan, y subir las empinadas escaleras que llevan a las escuelitas es un calvario con estaciones.

—¡Debería estar descansando, profe! —dice la coordinadora cuando me presento como el reemplazo de dos días de la maestra Doris, que se operó la nariz.

Una sonrisa es mi respuesta.

No puedo descansar, si no pago el arriendo esta noche me van a sacar la ropa y el colchón de la habitación donde vivo con mis hijos. Mientras

trascurre la tarde no sé qué hacer. La maestra Doris no responde el teléfono, aún no me paga los otros reemplazos, y lo peor: tengo hambre y sed. El asedio de las voces infantiles retumba en mi estómago vacío; lentejas estaría bien.

«¡Bogotá no está hecha para la gente!», siempre dice mi mamá. Ella volvió de Buenaventura después de siete años, sin empleo y sin dinero, a vivir conmigo y mi esposo. Fue una amarga sorpresa, su visita y el hecho de que ya no tengo esposo.

Por ello alquilo dos habitaciones: la de ella con mi hermano adolescente y la mía. Una junto a la otra. El domingo pagué la habitación de mi mamá que tiene baño independiente con el dinero de la remesa de la semana.

Recibí, en la iglesia de Las Lajas, junto con habitantes de la calle, un mercado. Por estar embarazada me dieron mucho más de lo esperado, incluyendo pañales desechables y una primera mudita.

No quiero ser desagradecida. Mientras la mujer sonriente y amable, vestida de gris con un botón rosa en el pecho, llenaba de víveres de toda clase los costales que me regalaron, desde tomates secos hasta panela, yo solo podía pensar cómo llegar a la avenida Boyacá a tomar una de las dos busetas que me conducían a mi casa.

Un hombre joven y alto, hediendo a bazuco, me ayudó a cargar los dos costales hasta llegar a la avenida, esperó la buseta junto a mí y subió los costales repletos. Creí que se iba a robar la remesa, hasta que vi en sus ojos la consideración. Le dije gracias con la altivez y realeza de mi piel oscura. Él sonrió y me deseó suerte en el parto. «Usted es una verraca».

Casi a las nueve de la noche llego a recoger a mis hijos. Cinco, tres y un año y medio son sus edades. Están dormidos en el sofá de una cliente. Yo estoy formulando el trabajo de grado de su hija.

La sala es tibia y muy linda, huele a hogar.

Me duele despertarlos. Les espera una caminata de diez minutos. Andan ciegos como esquimales, hace mucho frío. La mayor canta «Yo tengo una casita, la la la la la la» y camina torpemente mientras lleva de la mano a su hermanito.

No los dejo con mi mamá porque esta mañana no había nada de comer, no quiero ponerle encima el peso de mis responsabilidades.

—¿Comieron? —digo—, ¿qué comieron?

«Sopa, papa, pollo», es la traducción materna a las confusas palabras que describen el almuerzo y otros sucesos en la guardería, una historia sobre los gemelos Choachí y un puño pum y la popesora y chichí hacen que la caminata sea más corta, aunque no lo es: tardamos media hora con estaciones.

Mi llave no entra en la cerradura. Me palpita el corazón. Quiero llorar.

Mi mamá susurra tras la puerta:

—Don Jesús dice que me da la llave si traés la plata de la renta. Hace poco se encerró arriba.

La tercera planta de la casa es el apartamento de don Jesús y su familia, en cada piso hay seis habitaciones, una con baño privado, y las demás comparten el baño y la cocina.

—No, mamá, no, la maestra Doris no contestó su teléfono. Casi se lo quemó de tanto marcarle.

—¿Muchacha, qué hacemos? —dice y escucho sus suspiros tras la puerta.

Quiero llorar, quiero gritar, decirle que no sé qué hacer, que se va a adelantar el parto de tanto cargar cosas y caminar, gritar que tengo hambre, que me duelen las piernas y me tallan los botines de hombre que uso por la hinchazón, que me duelen los dedos por los bultos, que no debería estar aquí, que ahora no puedo ser responsable ni de mí misma. Tengo miedo.

—Mamá, acuéstese a dormir, y tranquila, mañana cuadro eso.

—¿De verdá, hija?

—De verdad, mamá, tranquila, ¿ya comió?

—Sí, su hermano consiguió y le guardé sancochito.

—Gracias, mamita, nombre de Dios.

Mis hijos repiten:

—Dios la bendiga.

La escucho alejarse, apagar la luz del corredor y cerrar la puerta con tranca.

Estoy inmóvil, de pie, en silencio, en parte por el frío y el agotamiento, por las contracciones prematuras, y no sé a dónde puedo ir.

Los niños tocan la puerta, fuerte como para despertar a los vecinos.

—Silencio, es muy tarde —les digo.

—Ma, chichí.

Esa voccita que huele a leche me regresa del miedo. El cielo es hermoso, está despejado, la luna llena es buen tiempo para parir, el viento es helado, pero benigno. La virgen es señora porque es madre, pienso en mi corazón. Algo bueno nos va suceder, ella no me va a dejar sola.

—Vamos, llevemos a su hermanita a hacer chichí.



En los vagones de mi memoria (fragmento)

Lorena Torres Herrera

«Lo que uno ama en la infancia se queda en el corazón para siempre».

Jean-Jacques Rousseau

52

Mayolo fue un barrio que murió muy joven. Nació como producto de una invasión. Mi familia vivía en arriendo en una casita de madera en bajamar, allá en el barrio Viento Libre en la calle Sequihonda, donde yo nací. Con madera que sacaban del muelle, mi mamá, con ayuda de algunos de mis primos, hizo parte de esta invasión. Tres veces le tumbaron la casa. Semanas después el gobierno municipal se cansó de tumbar y tumbar, y las casas, victoriosas cual palmeras al viento, se levantaron orgullosas en tan bello lugar poblado de árboles frutales. Allí, los zapotes, las guabas, los limones, las guayabas, los cocos, los chontaduros, los caimitos y los mangos se desgranaban dulcemente. El sonido que producían al caer se acompañaba con el canto de los pájaros y el batir de las alas de los changos y las golondrinas. Ese era el único lugar en la tierra donde podías sentir el paraíso.

Mayolo quedaba ubicado a un lado de la avenida principal de Buenaventura, a la que se le llamaba La línea porque se podía ver, a lo largo de ella, la carrilera que sobresalía por todo el centro con sus infinitas líneas férreas, atravesadas por los polines de madera que seguro habían salido del

mangle de nuestra tierra y habían sido cortados con el sudor de nuestros abuelos. Frente a La línea, hacia el lado izquierdo, estaba el barrio Nayita y hacia el lado derecho Mayolo, al que se subía por una pendiente. Desde lejos se podían ver las personas que subían y bajaban por ella.

Subiendo al barrio se veía la panorámica de toda la avenida principal. Desde allí se distinguía el inicio de la carrilera que cobraba vida con el pitido que anunciaba la llegada del tren. Con el pú pú pú salían gritos y sonrisas que acompañaban esta imagen todos los días y en coro gritábamos: «El tren, pú pú pú», «el tren, pú pú pú»...

El tren, como gusano gigante, aparecía en el horizonte y desde arriba agitábamos las manos para decirle adiós a los que allí iban y, de igual manera, muchas manos salían por las ventanas contestando nuestros saludos. Luego, el gusano de hierro se perdía en el infinito mientras yo soñaba con subirme sobre uno de sus vagones para, desde allí, saludar a los niños de otros pueblos.

Al lado izquierdo nuestra mirada tropezaba con casas de madera palafíticas, cálidas, llenas de bullicio, de música y de aromas que se escapaban por el techo y las hendiduras. Nuestras casas no estaban habitadas solo dentro de sus cuatro paredes sino también debajo de ellas. Ahí, las gallinas y los perros dormitaban plácidamente y ahí, en nuestra imaginación, se construían castillos, desiertos, cielos, cualquier lugar que necesitáramos de acuerdo con lo que queríamos jugar. También se podía pasar a las otras azoteas, pues el barrio entero era un universo por explorar. Cuando llegabas al final de la cima te encontrabas frente a una pendiente donde a ambos lados las casas de colores enmarcaban el camino. Pero al llegar allí, en ese punto, en la cima, el horizonte te arrebatava la mirada y te sumergía

en el inmenso mar que, imponente, te arrebolaba el alma con su atardecer. Buques de diferentes nacionalidades atravesaban este paisaje invitándote a zarpar a países lejanos. Al bajar por la calle empedrada admirabas cada casa. Un jardín rodeaba cada una de ellas, vestidas con palos de limones, arbustos de flores coloridas y vija. Las calles empedradas hacían que aminoraras tus pasos. Cuando las piedras del camino empezaban a escasear y se confundían con un suave barro entonces sabías que habías llegado al final, donde una gran ola, acompañada de un viento salado, te mojaba los pies dejando una suave espuma en tu piel y tus dedos frescos llenos de arena.



Una niña curiosa

Lucía Solís

Esta es la historia de una niña muy curiosa llamada Lucía. Era una niña con mucho carácter y que aprendía de lo que veía. Era la hermana mayor de cuatro hermanos y como era la hermana mayor estaba encargada de todas las labores de la casa. Esa niña era yo.

Yo vivía en el barrio Lleras. Para lavar la ropa debía ir a la punta de Lleras con un platón en la cabeza y amarrar en la espalda de mi hermano unas cobijas grises muy gruesas. Esas benditas cobijas al mojarlas se ponían tan pesadas que no las podía escurrir porque eran más grandes que yo. Al verme pasar trabajos con ellas, a las otras mujeres les daba lástima y me ayudaban a exprimirlas. Cuando volvía tendía las cobijas para luego ponerme a cocinar. No alcanzaba la mesa así que debía usar un banquito para tomar las cosas de la mesa. Debía hacer hachas y encargarme de mis hermanos. Yo tenía ocho años. En ese entonces mi madre era una mujer que viajaba mucho y muy lejos. Cada vez que llegaba de viaje de Tumaco traía muchas cosas para vender, como manteca en lata, carne salada, comida enlatada y esas cobijas grises que tanto odiaba.

Cuando ella llegaba yo aprovechaba para escaparme y reunirme con mis amigas. Siempre que me escapaba me daban una muenda terrible,

pero a mí me daba igual porque era el único momento en el que podía salir y jugar con mis amigas.

Éramos cuatro amigas: María Helena, Olguita, Marleni y yo. Siempre íbamos a la playa de arena. Yo siempre me robaba una de esas cobijas grises que tanto odiaba. Nos íbamos al lado profundo de la playa. Usábamos las cobijas como una malla de pesca para atrapar pescado, camarones, jaibas, cangrejos y muchos más. Luego de pescar hacíamos algo que llamábamos “bodita” que era cuando un grupo de niños se reunía y preparaba su propia comida, y nos comíamos todo. A las cobijas les quedaban muchos rotos. Cuando volvía me daban la muenda de mi vida con un rejón de cuero mojado y luego me hacían arrodillar en granos de maíz, pero valía la pena porque era el único momento en el que me podía comportar como una niña.

56

Sin embargo, había algo que no le podía contar a nadie.

Cuando tenía siete años miraba a mi tía cuando trabaja con las plantas, pero un día me pilló, me agarró de la mano y cogió su látigo de siete patas. Me aterroricé. Me llevó al patio trasero de la casa, yo pensaba lo peor, y luego me dijo: «Tranquila, no te voy a pegar. Te he observado por mucho tiempo, eres la elegida, te voy a enseñar un conocimiento ancestral que pasa de generación en generación, pero no le puedes decir a nadie, será un secreto y si le dices a alguien te pego».

Desde ese día empezó la enseñanza.

Lo primero que tuve que aprender fue a identificar las plantas, su olor, su forma y su sabor. Mi tía siempre estaba sentada en unas hojas de bijao o plátano. Ella decía que eran hojas energéticas y pasivas. Día tras día me enseñó sobre las plantas y su espiritualidad.

Luego pasamos a la siguiente etapa, que eran las preparaciones. Pero en esa etapa de aprendizaje murió una de mis amigas de la infancia. Ella tenía quince años. Para mí fue muy duro. El día de su entierro, cuando destaparon la caja para verla, ella estaba llorando, fue muy impresionante. Muchos creían que estaba viva. De igual manera la enterraron porque todos sabíamos que ya no estaba viva. Fue un tiempo de mucha tristeza para mí. Yo estaba muy triste, pero mi tía me dijo que el ser humano era como las plantas, que cada uno tenía una misión, un propósito y que cada uno cumplía su ciclo.

Todo lo que viví fue vital para que yo pudiera tener el carácter y la determinación para cumplir mis metas y objetivos en mi vida. Pero de todo lo que aprendí lo que más marcó mi vida fueron esas maravillosas enseñanzas y conocimiento que mi tía compartió conmigo. Por eso, cada vez que preparo una bebida o menjunje tengo el recuerdo de mi tía y sus sabias palabras: cada planta tiene su propósito como lo tenemos nosotros.



La doña y la niñita de puchos apretados

Luz Colombia Murillo

—Vea hija, negro conservador es falso —le decía la doña a su niñita mientras le peinaba sus puchos apretados.

—Jummm —rezongaba la doña—, yo estaba muy pequeña pero me acuerdo cuando Laureano Gómez decía que el negro no tenía derecho a usar zapatos, y de eso se valían esas viejas infelices, dueñas de sus casas, para maltratarlo a uno porque, según ellas, las sirvientas no teníamos derecho a estudiar ni a vivir bien —continuó mascullando la doña mientras la niñita se colocaba las botas ortopédicas negras para ir a estudiar.

La doña era una mujer talentosa para cocinar y comercializar frutas y verduras en la mejor plaza de mercado de la capital de la salsa.

—Mamá, cuando yo crezca quiero ser presidenta de Colombia, pero no como el que está ahora y sale en el televisor porque está loco —le comentó la niña de los puchos apretados a la doña, quien la interrogó ante ese comentario.

—La profe Mercedes dice que solo a un loco se le ocurre adelantar la hora —contestó la pequeña.

En la radio se anunciaba el quinto aniversario de la tragedia de Armero. La doña, con paso apresurado, apagó la radio, cogió las llaves de la casa que estaban sobre una mesa de la sala y en la otra mano sostuvo un bolso lleno de corotos, avanzó hacia la puerta y llamó con voz apurada por tercera vez a su hija:

—Niña, muévase que aunque el otro esté loco usted debe llegar temprano al colegio.

—Mamá, pero usted me dice que ya es tarde y todavía está oscuro... yo tengo sueño —replicó la niña al salir de la casa. La doña no contestó nada, hizo un gesto mueco de desinterés y cerró la puerta de color verde menta de su casa.

Muchos años después la escena que vería la niña a continuación la recordaría intacta y sin borrones:

La doña y su niñita caminaron hasta la esquina de la calle, eso implicaba saltar charcos y andar sobre piedras para no ensuciarse por la calle sin pavimentar y llena de barro fresco gracias al aguacero torrencial de la noche anterior. Toca aclarar, Cali es la sucursal del cielo pero cuando llueve pareciera ser que San Pedro hubiese mandado a hacer oficio con balde y manguera: llueve a cántaros.

Paradas en la esquina luchaban por tomar un bus, el Verde Bretaña ruta seis para llegar a su destino, pero de repente la turba y el escándalo que generaron unos hombres alteró el espacio público.

—Mamá, mamá, ¿qué es lo que hacen esos señores? —preguntó aterrada la niña, que asomaba la cabeza mientras escondía el cuerpo detrás del robusto cuerpo de la doña.

—Son dos maricas que están peleando —contestó la doña y aclaró—: es el alto de la peluquería y el marido.

La niña miraba con asombro la disputa de aquellos seres que se revolcaban en un lodazal de barro. Todo el cuerpo lo tenían lleno de barro y tierra, parecían seres de otro mundo, pensaba la niñita.

Lo curioso era que nadie se disponía a separarlos. «En pelea de marido y mujer nadie se debe meter», decían las personas al pasar.

—¿Mamá, y cómo es eso de marido y mujer si son dos hombres? —preguntó la niñita mientras la doña a toda carrera la arrastraba sujeta por un brazo para subirla a un bus que logró parar.

—Niñita, súbase, hágale rápido que no hay transporte y ya vamos tarde, por la noche le explico —contestó la doña de mal humor por la tardanza que la pelotera de los homosexuales había generado en el tráfico.

—Tras de gordo, hinchado y con paperas —rezongó la doña.

La niña, como pudo, se buscó un lugar donde ubicarse para sobrevivir los próximos noventa minutos que podía durar el viaje, atrapada entre la máquina registradora y el respaldar de la silla del conductor. La niñita escuchaba nuevamente en la radio que en la noche iban a realizar un especial sobre la tragedia de Armero.

—Mamá —comentó la niñita con voz triste—, hoy no van a dar la novela.

La doña, luchando en la apretura que se vivía en aquel bus repleto de muchedumbre, le preguntó:

—¿Y usted cómo sabe eso?

La niña le contestó que en la radio lo acababan de decir. Pero la doña no dijo nada, continuó luchando por sostenerse aferrada a las barandas del bus para no caerse sobre las demás personas. Estaba pendiente, alerta para que nadie la robara o la asaltara, a ella o a su hija.

«En serio ese hombre está loco. ¿Cómo se le ocurre hacer que la gente duerma en los buses? Vea cómo mi mamá anda de mal genio», pensaba la niña, «y además de eso no nos van a dejar ver la novela para mostrarnos lo mismo de cada año». Ella se imaginaba que a la pobre Omaira le dolía que cada año mostraran su muerte en la tragedia de Armero.

De pronto, en la radio ya no sonaron las noticias sino los pregones de prodigiosas voces entre sonos cubanos.

La niña preguntó:

—Mamá, ¿y si son dos hombres, cómo van a tener hijos?

Esa pregunta generó alarma en el público que viajaba en el bus. La doña abrió sendos ojos que clavó en la niña y con voz clara le dijo:

—Ellos adoptan a los niños insoportables, preguntones y toposos.



Un parto de bendiciones

María Elcina ValenciaCórdoba

En la aldea corría el rumor de que una mujer había parido cincuenta hijos esa mañana. Carmela se hacía la señal de la cruz una y otra vez. Repetía en voz baja que a sus 72 años jamás había visto una cosa de esas. Estaba convencida de que la mano de Dios y la de mi comadre Beatriz, con su botella curada, habían permitido el milagro. «¡Por Dios bendito!», dijo Manuel, su marido. «¿Será una maldición? ¿O será una bendición para este pueblo de mujeres estériles?».

Todas las mujeres corrieron a la casa de Beatriz a ver la novedad. Fueron a cerciorarse con sus propios ojos porque no salían de su asombro. Llegaron al lugar donde una comadrona y cinco ayudantes estaban encartadas haciendo trabajos con la parturienta. Al ver el panorama otras personas subieron a ayudar. Mientras unas cortaban los ombligos, otras limpiaban a los niños, otras más los organizaban en filas, envueltos en cobijas y acostaditos sobre esteras, petates y bateas que habían traído las vecinas. Pero no todos habían sido acomodados porque las bateas no eran suficientes. Don Vicente salió a buscar ayuda para labrar bateas que sirvieran de cunas a los niños y las niñas recién nacidas. La comadrona se dedicaba a sobar la

barriga para aliviar los entuertos, mientras llegaba la hora de darle el bebedizo calientico hecho con hierbas medicinales.

No sabían qué hacer con tantos pequeños. Beatriz, la partera, madre de Fabiola y dueña de la casa, se puso de rodillas y convidó a los presentes para pedir a Dios la sabiduría e iluminación necesaria que le permitiera decidir qué hacer con estas cincuenta vidas que habían llegado al mundo en medio de la pobreza y la incertidumbre. Al terminar la oración la verdad le había sido revelada. Cada mujer estéril recibiría un recién nacido como un regalo de Dios para criarlo como si fuera su verdadera madre. Beatriz preparó una bebida especial para que a las mujeres les bajara leche de sus senos bendecidos por Dios. Ese día cada una de las que se encontraba presente en el alumbramiento saldría con un niño en brazos para amamantarlo. El poder de Dios, a través de las manos y la sabiduría de la partera, hizo posible que las mujeres pudieran dar de mamar aunque hasta entonces no hubieran podido concebir.

Fabiola no chistó ni una palabra. Solo obedecería lo que dijeran sus padres y su marido. Además de ser la voluntad de Dios, qué podría decir si estaba avergonzada por haber resultado múltipara, igual que una perra y peor aún. Ella había escuchado decir que las perras parían máximo diecinueve cachorros y ella se había pasado de la raya. Sabía, aunque no se lo dijeran, que a más de uno le pasó por la cabeza que le había ganado a las perras. Adolorida, soñolienta y sin aliento, permanecía en la cama esperando que los demás hicieran las labores de postparto porque ella no podía dar ni el paso. Le dolía harto entre las piernas porque la partera le había rasgado el nies con una cuchilla. De reposo tenía que soportar como cinco toallas que le habían puesto bajo las nalgas para mitigar el sangrado natural y así evitar manchar las cobijas y el único colchón que había en

la casa. El dolor íntimo le hacía prometer en silencio que jamás volvería a tener relaciones sexuales porque era preñez segura y no aguantaría otra hazaña similar.

Los hombres seguían haciendo las bateas en la casa grande del aserrío. Allí habían conseguido troncos de cedro, sajo y machare. Con las herramientas del taller de Vicente estaban haciendo el trabajo de manera juiciosa aunque un poco acelerados porque algunos niños estaban poco cómodos por la manera en que estaban en los petates y hasta en el suelo pelado. Había unos diez carpinteros haciendo las treinta bateas que faltaban porque, gracias a Dios, las otras las habían traído las mujeres que nunca perdieron la esperanza de tener un hijo y, por eso, esperando el momento, conservaban sus bateas en el soberao. Ese momento había llegado.

Mientras tanto, en la casa de Beatriz se escuchaba el llanto de los hijos de Fabiola como un coro polifónico. Había hombres y mujeres de tiernas voces húmedas que lanzaban sonidos agudos y más agudos como frotando finas cuerdas. Unos lloraban despacito, otros se quedaban en silencio y otros más lanzaban gritos de desespero. No podía haber silencio por ningún motivo. Además del llanto de los bebés, que esperaban la teta de su mamá, había mucho ruido en el ambiente. A pesar de la noche había pájaros cantando. El viento movía las hojas de los árboles y el río rugía con la corriente. Era sábado y como de costumbre era día para bailar, escuchar música y tomar biche, aguardiente o guarapo. Las lanchas habían llegado del puerto con remesa para las familias que la encargaron. También traían bebida para el granero de don José, quien acostumbraba a llenar la lancha y hasta los barcos con productos para el comisariato. Compraba de todo con el ánimo de tener bastantes productos para cambiarlos por vales a los hombres que trabajaban como obreros en el aserrío.

La noche trascurría lenta como esperando que todo volviera a la normalidad, pero aún no terminaban de hacer las bateas. Las mujeres permanecían con el bebé entre sus brazos, y las que ya tenían leche en su seno daban de mamar mientras las otras los mecían susurrándoles una canción de cuna y rogando que se quedaran dormidos para acostarlos en algún rinconcito, dando tiempo a que llegaran las bateas y las demás cobijas.

A la hora del bebedizo, Fabiola seguía acostada con las nalgas sobre la tamuga de toallas que por el sangrado ya le habían cambiado varias veces. Apoyaba su espalda sobre dos almohadas grandes, con un bebé en cada brazo. Eran dos niñas que se deleitaban desayunado teta de mujer negra con lechecita caliente. Los dos hombrecitos esperaban en brazos de la hermana menor de su marido para recibir una porción de leche del pecho de la joven mamá. Ya pronto cumplirían sus primeras veinticuatro horas de vida. Para entonces, la casa estaría solo con los cuatro hijos que habían quedado para ellos.

Mientras amanecía, todas las mujeres entonaron una canción de cuna que decía «Urrutagua, urruté, dormite mi niña que tengo que hacer, lavar los pañales, sentarme a coser». Cantaron sin descansar, meciendo cada una a su criatura en un verdadero arrullo. Los hombres jugaban cartas para espantar el sueño. Con los primeros rayos de luz de la mañana llegaron las últimas bateas. Todos los bebés amanecieron acostaditos y abrigados.

Durante el día se hizo la entrega de los bebés a las madres, en medio de llanto y abrazos de emociones. Fabiola recibió la promesa de las mujeres del cuidado que cada una le daría al bebé que le correspondió. Los hombres se marcharon a sus casas, con el asombro y la curiosidad de lo que habría ocasionado el múltiple parto de esos cincuenta hijos. Además del

remedio dado por Beatriz a Fabiola, debía haber algo más. Entre conversa y conversa descubrieron que Beatriz le había recomendado a Fabiola tomar una copita de la botella curada para la fertilidad. Carlos, su marido, en medio de una borrachera, cuando se le acabó la botella de guaro, le echó mano a la curada y se tomó media de tajo. Todos quedaron con la boca abierta y haciéndose la señal de la cruz.



¡De aquí no me quita nadie! La fuerza de un territorio

Magdalena Núñez

Fui una niña que se crio junto a sus abuelos en una comunidad en la que la gran mayoría de los habitantes hace parte de mi familia. La curiosidad me llevó a aprender de las prácticas tradicionales y ancestrales que realizaban mis abuelos. Esto me permitió crecer con un amplio conocimiento en cuanto a curandería y partería. Ya con la llegada de la violencia a mi comunidad, viví sucesos trágicos como la muerte de mi padre en manos de grupos al margen de la ley y el desplazamiento forzado generado por esos grupos. Esto creó miedo y zozobra en mi comunidad, pero el arraigo por mi territorio y la fuerza de la naturaleza me hicieron regresar allí. Aunque quedan secuelas de estos sucesos trágicos, el amor y arraigo a mi comunidad no desaparece.

La casa se aseaa sola

Maira Elena Palacios Montaño

Ella era una mujer hermosa, del común. Dedicada a su familia, vivía por ellos y para ellos. Su vida rutinaria transcurría entre cuatro paredes. Se levantaba a las cinco de la mañana, pues tenía su reloj biológico establecido para levantarse a esa hora. Aunque quisiera, nunca podría dormir más de ahí. Se levantaba a limpiar la casa, barrer, lavar los platos, cocinar... Cuidaba de sus nietos y estaba pendiente de todo. Su vida se encontraba un poco llena de amarguras, resentimiento y frustraciones. Un día, como siempre, ella se levantó a realizar sus quehaceres y se sentó a ver la televisión.

Su esposo llegó a la misma hora. Y le decía: «Todo lo que haces es ver televisión». Su tono era despectivo y de enojo. Sostuvieron una acalorada discusión y ella se quedó muy pensativa. Trascurrió el día, sus pensamientos no cesaban frente a lo ocurrido. Llegó la noche y apenas pudo dormir. Tomó la decisión entonces de no hacer nada.

No se levantó a la hora de siempre. No hizo el desayuno ni limpió la casa. No cocinó. Se desentendió totalmente de la casa. A duras penas cuidó de los niños. La casa se hallaba hecha un desorden. Los platos sucios, el piso sin barrer. Los juguetes de los niños tirados, los baños sucios. El olor a berrenche era insoponible. Y ella estaba ahí sentada donde permanecía

siempre. Solo había cocinado para ella y los niños, pero no dejó rastro alguno de que lo había hecho.

Transcurrieron las horas y aquel hombre machista que pensaba que era el único que trabajaba llegó a su casa y no salía del asombro. Todo estaba patas arriba, la casa, sí, su casa. Todo tirado, estaba sucia, no había comida y ella ahí en el mismo lugar. La miró sorprendido y preguntó: «¿Qué pasó? ¿Por qué la casa esta así?». Ella lo miró fijamente con rabia, muy resentida, y le respondió: «Cómo los oficios se hacen solos y yo no hago nada». Él no respondió, solo calló y se dirigió a su habitación.

Al día siguiente él se levantó, se bañó y muy rápidamente se dirigió al trabajo. Pensaba que al llegar todo sería distinto. Pero ella tampoco se levantó a la hora de siempre. Se quedó acostada. Pasaban las horas y seguía todo igual, o más bien peor. Los olores se incrementaron, la casa se veía más desordenada, y ella al cuidado de sus nietos aguantaba, sí, aguantaba tanto desorden y cochineza juntas en la casa, pero su rabia y capricho eran mayores que su deseo de ordenar la casa.

Al llegar la noche, el hombre aquel venía pensado que solo sería un berrinche y que encontraría su casa como siempre. Pero no fue así. Todo estaba peor. No había comida, todo estaba tirado peor que el día anterior, los platos sucios con residuos de comida, algunas cucarachas se paseaban entre las sobras de comida, el baño estaba a reventar, el berrinche de los orines no se podía aguantar.

El hombre estalló en cólera y reclamó enfurecido y le exigió a la mujer que cumpliera con su deber. Le dijo que él se mataba de sol a sol para traer la plata y ella allí echada no hacía nada más que ver la televisión y la casa cada día peor. Ella no se dejó y le respondió muy acalorada que lo hicie-

ra él. «Tú siempre te la has pasado diciendo que yo no hago nada. Pero quién crees que hace todo, que prepara los alimentos, que barre, ¿acaso los oficios se hacen solos?». Se escuchaban los gritos entre los llantos de los niños y la rabia iracunda del hombre. En un momento donde todo estaba a punto de pasar a otro nivel se escuchó una voz que lo cambió todo: «Ma, pa, ¿qué pasa?, ¿qué pasó aquí?». Un silencio profundo invadió la casa mientras el hombre trató de ocultar lo que pasaba diciendo que la mujer, como siempre, no hacía nada y que por ella es que la casa estaba así.

Al día siguiente Mirian, la hija, se levantó muy temprano a limpiar y organizar la casa mientras le preguntaba a su madre qué había pasado. Ella le contó lo sucedido y la hija le dijo a su madre que esa no era la solución. La madre solo la miró con una gran tristeza por lo que le respondió su hija.

Transcurrieron los días y aunque el hombre no tuvo los pantalones para reconocer su error, siguieron su vida de rutina. Ella siguió ahí, resistiendo, sin quedarse callada, pero incapaz de dejar esa vida, al hombre y a su familia. Empezar de nuevo no sería fácil, pero podía ser su mejor decisión. Pero ella no lo creyó así. Aunque no lo sabía y él no lo reconocía, ella le dio una gran lección al hombre al que sigue esperando, amando, aguantando...

Siempre sí existe

María Elena Cortés

Susana estaba concentrada en el computador cuando entró a la sala de estudio su hijo Mauricio.

—Mamá, yo quiero ser árbol.

«Es una más de sus historias», pensó Susana mientras giró su cabeza y con ternura puso sus ojos en él. Escuchó atenta lo que siguió:

—Y tú, mamá, ¿qué quieres ser después de que mueras?

—¿Yo? —dijo sorprendida Susana ante la pregunta y se suspendió en un pensamiento profundo que duró un par de eternos segundos—. Quiero ser viento —respondió.

Con la expectativa de lo que continuaría abrazó a su hijo, lo posó en sus piernas y quedó atenta.

—¿Sabes, mamá?, cuando ni tú ni yo estemos en este cuerpo vamos a seguir juntos. A ti te gusta abrazar árboles y cada vez que veas uno sabrás que yo estoy aquí. A mí me gusta sentir el viento y cuando el fresco llegue sabré que tú estarás conmigo. De esa forma siempre estaremos y ya no habrá muerte porque los árboles y el viento no mueren.

La guerra une familias

María Isabel Hurtado

En la casa estaba mamá. Ella estaba preparando el desayuno, como solía hacerlo cuando mercaba en la plaza de Juancho. Patacón con queso y agua panela con limoncillo era el menú para ese día del año 2004. De repente se fue la energía y pronto se escucharon los rumores: la guerrilla había tumbado las torres eléctricas de Buenaventura.

72

Al pasar las horas ese rumor se convirtió en una realidad que asustó a mamá. Con voz de frustración ella dijo:

—Y ahora que vaya yo hacé con esa comida en la nevera.

Por mi parte, estaba feliz. Ese día no tenía que ir a clase ni llevar la tarea de matemáticas, que no había hecho por quedarme viendo *El chavo del ocho* y sus ocurrencias que me hacían reír a carcajadas, a pesar de que mamá me había dicho: «Andá dormí que mañana hay clases».

Pasó un día y nada que llegaba la energía. Dos días y seguíamos igual. Los rumores decían que la EPSA, la empresa de energía, no había podido llegar a ese lugar porque estaba minado. Mientras tanto, mamá rezaba y en sus plegarias se escuchaba que le decía a Dios que por favor la energía llegara.

Sus rezos no funcionaron, seguíamos sin energía. Los vecinos comenzaron a hacer reuniones en las calles.

Al pasar los días en el rostro de mamá se veía cómo lo disfrutaba. Que-
ma de llantas, juegos de parques, ponchaos, bingos y encostalados estaban
a la orden del día.

Yo me lo disfrutaba, viendo, jugando o las dos cosas. Cuando la pelo-
ta de ponchado hecha de basura caía sobre mi cabeza, «atolondrándome
más» como exclamaba mamá, todos se reían. Era tan divertido que no
extrañaba El chavo del ocho.

Mamá, con el afán de acabar con el mercado de la nevera, cocinaba
comidas deliciosas y todas las mañanas los desayunos eran especiales con
sus exquisitos dumplings. A mí, al escuchar cómo se encontraban con el
aceite caliente de la paila y al percibir el olor a queso con leche, mantequi-
lla y azúcar, se me hacía agua la boca y en mi mente lograba saborearlos e
imaginarme cómo pasarían por mi paladar con suavidad. Me encantaban
los dumplings.

Fui feliz en esa época donde estábamos juntos y en familia, en perfecta
armonía con los vecinos y nuestro entorno. La guerra era lo máximo, la
guerra unía familias.



Apartes del Paro Cívico de Buenaventura (fragmento)

María del Carmen Hurtado

Era un 19 de mayo del año 2017, el tercer día del Paro Cívico en Buenaventura. Desde hacía tres días el sector portuario no movía sus cargas: no entraba ni salía nada del puerto. Los dirigentes que manejan este país, Colombia, mostraban su preocupación por la situación, pues la economía estaba en jaque. Ya habían enviado una comisión del Gobierno para que conversara con los dirigentes del Paro y llegaran a una negociación, con el fin de que todo volviera a la normalidad.

74

La población estaba firme en los puestos, ubicados estratégicamente para no dejar subir o bajar ningún tipo de vehículo. Solo tenían paso las ambulancias y los vehículos que transportaban a los negociadores del Gobierno del aeropuerto a la parte urbana. Cada puesto tenía un líder y cada líder estaba acompañado de un conjunto musical del Pacífico sur colombiano.

Cantando denunciábamos nuestra problemática, mientras los organizadores del Paro dialogaban. Todos escuchábamos la negociación por radio y televisión. Nos gustaba mucho ver y oír cómo nuestra gente se defendía y demostraba que en Buenaventura nos hemos capacitado, hemos estudiado y que a nosotros no nos engañan con una bananita.

El objetivo del Paro era reclamar por el abandono en que ha estado sometido Buenaventura y el Pacífico en general. Exigíamos todo lo que debíamos tener y no teníamos.

(*n*)

La niña endiablada

Nancy Díaz

Había una vez una niña que se llamaba Kenia. Era muy grosera y desobediente con los mayores. Al igual que Kenia, Pedro era un vecino desobediente.

En esa época estaban en cosecha de naidí. La mamá de Kenia, doña Genoveva, le dijo que le hiciera un mandado en el pueblo. Ella dijo:

—¡Mamá, yo no quiero ir para allá, estoy cansada!

La mamá, creyendo lo que decía Kenia, se fue para el pueblo.

Aprovechando que la mamá no estaba, Kenia se fue para donde Pedro y lo convidó a coger naidí. Él salió de casa con su reliquia, su escapulario y un amuleto. En ese tiempo era de mucha importancia tener padrinos.

Cuando llegaron al monte le salió a cada uno su pareja: al hombre la diabla y a la mujer el diablo. Se les acercaron, ellos estaban como hipnotizados. Sin ton ni son cada uno cogió a su pareja y empezaron a cantar y a bailar con una canción a la que llamaban «El sapo».

Ay, sapo, ay, sapo,
no te vas a emborrachar.

Ay, sapo, ay, sapo,
no te vas a emborrachar.

Ay, sapo, ay, sapo,
no te vas a emborrachar.

Cuando Kenia y Pedro se sintieron cansados, el diablo y la diabla les dijeron:

—¡No se sienten, vamos a bailar!

Al ver que no lo hacían, al diablo y a la diabla les salieron un rabo largo y los cachos. Y ahora sí, cuando Pedro vio que eso era cosa de Satanás, comenzó a rezar y se encomendó a Dios y en un descuido se fugó, dejando a la muchacha entongada con la diabla y el diablo.

El muchacho llegó al pueblo a avisarle a doña Genoveva y ella de inmediato buscó a los padrinos. Agarraron un bombo, a los perros, los instrumentos folclóricos y todo lo que hacía bulla..

Cuando llegaron a donde estaba Kenia, ella tenía los ojos desorbitados y parecían llamas. El diablo la había envuelto con el rabo. Empezaron a rezar y el diablo fue dejando a Kenia como poseída. Los padrinos la amarraron y se la llevaron al pueblo. Comenzaron a rezarle a la muchacha y esa misma noche murió.

En la noche del velorio los insectos no dejaban rezar. Entraban cucarachas, ratas, gusanos, murciélagos y chapules. Apagaron las luces y se vino un fuerte aguacero. Cuando amaneció, en medio de la tormenta, fueron a enterrar a Kenia.

A los tres días de haberla enterrado doña Genoveva fue a visitar a su hija y la tumba estaba vacía. Dicen que se la había llevado el diablo en cuerpo y alma. Quedó el muchacho vivo para contar la historia.

La voz de la resistencia

Nidiria Ruiz

Entre ríos y montañas del Pacífico sur se extiende en la lejanía un territorio ancestral

poblado de veredas con caseríos a la orilla del río y también en el mar,
con casas de madera hechas de nato y guayacán,
entechadas de palma y de naidí porque no hay para láminas de cinc.

Entre tristezas y esperanzas una niña de aproximadamente diez años empieza a narrar

lo que al lado de sus mayores ella solía escuchar.

En horas de la noche todos comiendo chontaduro decían
que para nuestro río llegarían tiempos duros,
que personas foráneas nos iban a sacar y por quitarnos las tierras hasta nos podían matar.

Ella no entendía lo que iba a ocurrir en ese territorio colectivo y ancestral

a donde se pensaba que el conflicto no iba a llegar.

Como pueblo negro, donde vive uno viven dos,

eso hace parte de la tradición y por eso a toditos la guerra afectó.
Y como cosa de no creer un viernes en la mañana pronto a Cristo resucitar
hubo un suceso de miedo, lágrimas y dolor:
el paramilitarismo al río Naya llegó.
Llegaron al Alto Naya sin saber a quién buscaban.
Ellos andaban con la muerte.
La gente exclamó y el miedo se apoderó.
De tanto desespero a hombres, mujeres, niños y niñas, y hasta a los ani-
males,
les tocó correr al monte para que no los fueran a matar.
Los paramilitares bajaron a diferentes lugares y al puerto principal,
corregimiento de Merizalde, donde Cristo extiende su mano y echa su
bendición.

De vereda en vereda la noticia llegaba
y allá en la vereda de la Concepción una luz se apagó.
Y decían los vecinos: «Comadre, comadre,
¿qué fue lo que pasó que allá arriba a Juana Bautista Angulo el parami-
litarismo la mató?».

Corrían todos, se cruzaban las voces y entre llantos decían nos van a
matar.

Otros se desplazaron en una lancha llamada El arca de Noé.

Rogando a Dios y también a los orishas que los acompañaran
en esa aventura para ver si así llegaban al puerto de Buenaventura.
Muchos no sabíamos por qué esto ocurrió.
Yo no entendía de justicia ni tampoco de verdad.
Y por eso hoy soy líder social,
defiendo la vida, también la paz,
como mujer rural.

Todo esto que he narrado ocurrió en el río Naya en 2001.



En una casa de madera

Nora Salazar

En una casa de madera estaba Geison, el hijo menor, con sus tres hermanos, padre y madre. Veían la telenovela Betty la fea para luego irse a dormir. El sonido de unas balas se escuchó de repente. Era el grupo alzado en armas que había llegado a desplazarlos de su bella Palestina en una noche de terror.

80

Un vecino gritó desesperado: «¡Nos tenemos que ir, nos tenemos que ir!». Doña Rosalbina, sin pensarlo dos veces, cargó a su hijo Geison de veinte años de edad. Y con sus otros tres hijos empezaron a correr. El padre se quedó escondido debajo de la cama.

Mientras la familia corría, Jorge decía que de esa tierra iba a salir solo muerto. Papá Jorge siempre fue irresponsable. A Geison no le dio ni para ir a entrenar su deporte paralímpico. Como dicen por ahí: «El que es no deja de ser».

Doña Rosalbina y sus cuatro hijos llegaron a la orilla y se encontraron con el compadre. Él iba en la lancha con su familia. Tan pronto los vio, los ayudó a subir para emprender el viaje hacia Buenaventura, una tierra que los recibiría con los brazos abiertos.



Mi historia con Félix

Sandra Ángulo

Desde hace mucho tiempo recuerdo cuando me conocí con Félix. Yo estaba en el andén de mi casa y él en el puente que estaba cerca. Llegamos a hacernos amigos. Él me contaba su historia.

Vivía en el río Naya y su vida era triste porque le tocó trabajar desde muy pequeño con su padrastro en el corte de pilote. Nada de su vida le gustaba. En cambio yo era una muchacha dedicada al estudio, no me faltaba nada, tenía el amor de mis padres.

Mi papá era un hombre con temperamento fuerte y muy estricto. Deseaba que su hija fuera maestra. Mi mamá era una mujer dedicada a su hogar. No tenía voz de mando para decidir qué era perfecto o no para sus hijos.

Desde aquellos momentos en que Félix y yo compartíamos floreció el amor incondicional, fuera de barreras por las condiciones de vida. Quedé en embarazo, pero una mala pasada nos jugó esa decisión, ya que mi padre no lo aceptó.

Días después, una mañana, mi papá amaneció con todos los apellidos en la cabeza, sintiendo dolor de que su hija amada hubiera quedado en embarazo. Decidió castigarla muy fuerte y la echó de su casa y a Félix le

dijo que no volviera a ver a su hija, que él no se merecía una perla preciosa y que yo no era mujer para él.

Félix se sintió muy triste, la pena navegaba sus sentimientos y decidió no volverme a ver jamás en su vida. Yo me fui a vivir donde mi tío Richard, que me recibió con mucho cariño.

Pasado el tiempo, una noche cualquiera, llegó mi padre, triste, y me pidió regresar a la casa. Desde ese momento sentí mucha alegría, ya que a pesar de todo lo seguía amando. Arreglé mi ropita y me fui con él.

Al cabo de unos meses nació Yolima, quien recibió el amor de sus abuelos y creció sin la presencia y el amor de su padre.



La venta de meado

Tatiana Ángulo

La venta de meado es una tradición ancestral de la costa Pacífica colombiana. Es un castigo para los niños y niñas que se mean en la cama. Consiste en amarrarles las cobijas meadas en el cuerpo o echarlas en un platón para que salgan a la calle entonando esta canción:

Vendo meado, si no me lo compra lo dejo fiado.

Este era el terrible canto que entonaba Danicha, una niña de siete años de edad, flaquita, negrita, de pelo corto y afro. Todas las noches se meaba en la cama. Esta situación le causaba mucha tristeza. Su mamá, una mujer muy joven, de aproximadamente veintisiete años, no le tenía paciencia y pensaba que se orinaba de puro vicio. Según ella, una niña tan grande no podía mearse en la cama.

A Danicha las palabras de su madre le causaban tristeza porque esperaba que ella la comprendiera y no la juzgara como lo hacían sus amiguitos, que siempre le gritaban en la calle, en esa calle de piedra, polvorosa y llena de monte: «¡Ahí va la meona!».

Poco a poco Danicha se fue aislando de su realidad y comenzó a sumirse en un mundo de fantasías donde era aceptada y querida, un mundo que, aunque ante los ojos de la gente era solitario, para ella era mágico. Las

muñecas se convirtieron en sus mejores amigas. Con ellas reía, jugaba, lloraba, era aceptada, era feliz, no era juzgada. Pero cuando terminaba de jugar volvía a su triste realidad: la cama mojada y con ella la venta de meado.

«¿Por qué mojas la cama?», preguntaba su mamá, «¿no te da pena?». La niña callada y con sus ojos llenos de lágrimas respondía: «No sé mamá». «¿No sabes?», decía su madre, «de castigo te vas a vender tus cobijas mojadas y debes decir ‘Vendo meado, si no me lo compran lo dejo fiado’». El dolor y la vergüenza de esta niña eran inminentes.

Este canto cesaba en el mes de julio, un mes anhelado por Danicha, porque su mamá la mandaba de vacaciones a donde sus abuelos en Puerto Valencia, un caserío ubicado en el río Naya. Es un lugar mágico con una playa al frente. En esa playa hay muchas frutas deliciosas como granadilla, naranja, caña de azúcar y guayabas. Dicen que en la playa hay muchos pejesapos, que son unos peces raros con forma de sapos, pero hay que tener cuidado con ellos porque se esconden en la arena y si uno los pisa le pican el pie.

En ese mismo lugar hay un palo seco que fue arrastrado por el río y quedó encallado en la playa. Ahí Danicha cantaba alegres canciones que le hacían olvidar la terrible melodía de la venta de meado. Los domingos eran los mejores días para Danicha. Se colocaba sus botas y su traje de campo porque su tía Tocaya, una mujer delgada, con mucha melanina en su piel, la esperaba en la orilla, junto a sus primas Coca y Moña, sus compañeras inseparables, para enseñarle todo el arte del campo.

Se iban para el monte a sembrar y a cosechar papa china, banano, naranja, guama, borojó, naidí, caimito, maíz, arroz, chontaduro y coco. En

ese tiempo no era necesario tener dinero para comer o para estar bien de salud, ya que el campo lo daba todo. Con solo ir a la azotea, la huerta, la cementera y las parcelas era suficiente, porque ahí se encontraba lo necesario.

Danicha se deleitaba al mirar la abundancia de peces en los ríos y animales en los montes. Olvidaba todas sus tristezas al ver las casas de las gallinas y los patos, las cuevas de los cangrejos y las jaibas y los pozos de camarones. Todo era mágico.

En la época en que Danicha iba a Puerto Valencia no había energía, por lo que las casas se alumbraban con lámparas de petróleo. Veían televisión en las noches cuando su abuelo José María, un viejo alcahueta pero muy tacaño, conectaba el televisor con una batería de carro para ver las noticias.

En las noches, antes de acostarse, su abuela Carolina, una mujer muy sabia y de avanzada edad, con una espalda encorvada que reflejaba cansancio pero también mucha experiencia y sabiduría, al mirar la tristeza de su amada nieta cogía un trapo de la cocina con el que se bajaban las ollas del fogón de leña y lo calentaba con una plancha a carbón o en ocasiones con la lámpara de petróleo. Luego, se lo ubicaba en la vejiga a la niña fro-tándolo poco a poco. Lo hacía varias veces con la intención de que la niña no se meara en la cama. Esta es una costumbre ancestral utilizada por los abuelos para quitar el frío de la vejiga de los niños. También les hacían pringues y bajos calientes con la hoja de la virgen. Otro método utilizado es calentar un ladrillo para que el niño o niña orine en él y reciba el vapor en su vejiga.

Mearse en la cama es un problema común en niños menores de siete años. Este inconveniente es conocido médicamente como enuresis nocturna. Es algo normal en el desarrollo y no hay por qué preocuparse. Como

padres es común enojarse y querer regañar a los niños. Con esto no se logra mucho porque ellos se sienten intimidados, ya que mearse en la cama está fuera del control de los niños, así como estaba fuera del control de Danicha. Gracias a los cuidados de su abuela Carolina, la pequeña dejó de mearse en la cama, se sintió aceptada y se creyó mujer porque su cama ya no estaba mojada.

Mi recuerdo de un espacio: la Alcaldía de Buenaventura

Yaisa Mariam Rodríguez Quintana

La Alcaldía Distrital de Buenaventura es un lugar donde siempre hay largas filas para subir por el ascensor. Como me gusta hacer deporte prefiero subir las escaleras, pero lo malo es que mientras subes todo el recorrido huele a orines, pues en las escaleras están los baños. La intensidad del olor a orines puede variar según quién lidere la administración de turno.

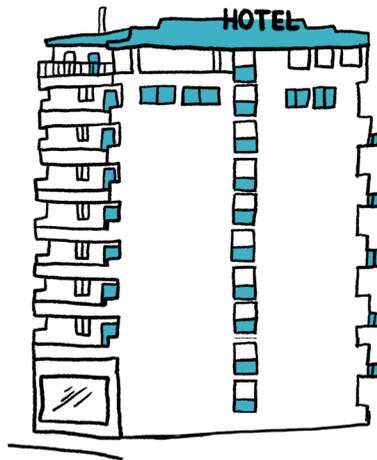
En la Alcaldía siempre hay servidores públicos que, mientras llegas a tu lugar de destino, te coquetean, acosan, miran tu cuerpo sin importar como vayas vestida. Todo empeora si no usas sostén. No usar sostén es un castigo social, y se paga en la forma morbosa como te miran algunos hombres, o las miradas de repudio de mujeres, pues estás violando el pacto de usar sostén siempre.

En la Alcaldía siempre hay mujeres bastante arregladas, donde tu ropa casual o sport puede desentonar. Allí se aplica lo que no predicamos muchos, pero sí aplican: tú eres y tienes la importancia según la prenda de ropa que llevas.

La Alcaldía es un lugar donde hay mucha gente esperando. Esperando una respuesta, esperando la aprobación de un proyecto, esperando que

le salden su deuda, esperando que le paguen, esperando algún contrato, esperando dinero, esperando, esperando...

La respuesta que reciben algunos es: «No podemos decirle a qué horas llega la doctora o el secretario. Si quiere puede esperar o dejar sus datos de contacto para que lo llamen». Muchos esperan horas y horas pues saben que al dejar sus datos lo más seguro es que no los llamen. Si por suerte está el funcionario que necesitas, habrá afuera de su despacho una secretaria o un vigilante o ambos. Son los que deciden quién entra. No se atiende por orden de llegada o prioridad, ni por la calidad del proyecto. Se atiende por la cercanía personal con el doctor o la doctora o por el cargo que tengas en ese momento.



Lo que se permite se repite

Yuly Fernanda Rosero

Hace ya mucho tiempo había una joven muy linda, que se enamoró con un joven. Él ya había tenido una relación de pareja, de la cual tenía tres hijos. La chica duró seis años de novia con este joven —o no sé si decir señor—. Al cabo de ese tiempo la chica quedó embarazada y decidieron irse a vivir juntos. Consiguieron una casa a la cual se mudaron y con ellos la última hija del señor.

Se organizaron muy bien y la vida en familia y en pareja se tornaba muy bien, aun con las dificultades que no faltan. Hasta que lastimosamente un día llegó lo que la chica pensó que no le sucedería: la infidelidad. Su pareja la había engañado con una señora que fue vecina de la mamá de él. Ella le reclamó y le pidió que se fuera de la casa, le dijo que con él no deseaba vivir más, porque ella era una mujer completa y no se merecía eso. Él logró convencerla y ella decidió darle otra oportunidad.

Las cosas poco a poco se fueron arreglando y ellos fueron mejorando su relación. El entorno se sentía muy bien, pero al cabo de tres años volvió y sucedió lo que no se debería de repetir: la infidelidad, y encima con la misma persona.

La chica reaccionó muy mal. Estaba llena de rabia y odio contra su pareja, y contra ella misma por haberle creído. Enfadada fue en busca de su marido a casa de la amante. Llegó y se armó un gran escándalo. Le gritó:

«¡Perra, quita maridos, tabaquera! —ya que en el barrio se murmuraba que la señora practicaba la brujería—. ¿No pudiste ir a buscar uno más lejos? ¡Ya llegará tu castigo, porque nadie puede construir su felicidad dañando a otros!». Al marido le decía que él era un poquito y un mal agradecido, primero por cambiar a una mujer como la que tenía en casa por semejante mujer tan fea y de mala reputación. Además, le recordó que ella había estado con él en las buenas y en las malas, y al final los amenazó diciéndoles que ambos se arrepentirían de lo sucedido.

Se sentía impotente, iracunda, no podía entender lo que estaba sucediendo. Cómo podía su marido volver a hacerle eso. La confianza se había quebrado. La mujer, con mucha rabia, ingresó de manera violeta en esa residencia y sacó un arma del bolso rojo que sostenía en sus manos. Descargó el arma en el cuerpo de ambos, se sentó al lado de los cuerpos y se bebió una botella de aguardiente para refrescar su sed de venganza. Al rato, despertó asustada porque aquello solo había sido un sueño, un sueño que ella necesitaba tener para llenar su vida de emoción y adrenalina.

La costumbre y la monotonía la habían convertido en una mujer sin amor a sí misma, dispuesta a buscar felicidad para los demás, y la de ella, ¿dónde quedaba?



Agradecimientos

Esta publicación es uno de los resultados del proceso de formación en narrativas afrocomunitarias al que aportaron diversas dependencias del Ministerio de Cultura, docentes invitados e instituciones aliadas.

Talleristas

Aurora Vergara, Daniela Zuluaga, Emilia Eneyda Valencia, Lucía Hernández, Mábel Lara (invitada), Margarita Valencia, Maritza Villamizar, Sara Johana Arboleda Murillo y Yaisa Miriam Rodríguez Quintana.

Apoyo logístico y de producción

Diana Nairobi Ruiz Hurtado.

Entidades aliadas

Instituto Caro y Cuervo, Alcaldía Distrital de Buenaventura, Universidad del Valle (sede Pacífico), PNUD y el Centro de Estudios Afrodiaspóricos, CEAF, de la Universidad ICESI.

Mincultura

Dirección de Artes, Dirección de Comunicaciones, Dirección de Patrimonio, Dirección Poblaciones y Grupo de Emprendimiento Cultural.

A todos ellos agradecemos el esfuerzo pues fue fundamental en este proceso integrado por cinco módulos: escritura creativa, narrativas mediáticas, edición comunitaria, cultura emprendedora y pedagogía en narrativas afrocomunitarias.

